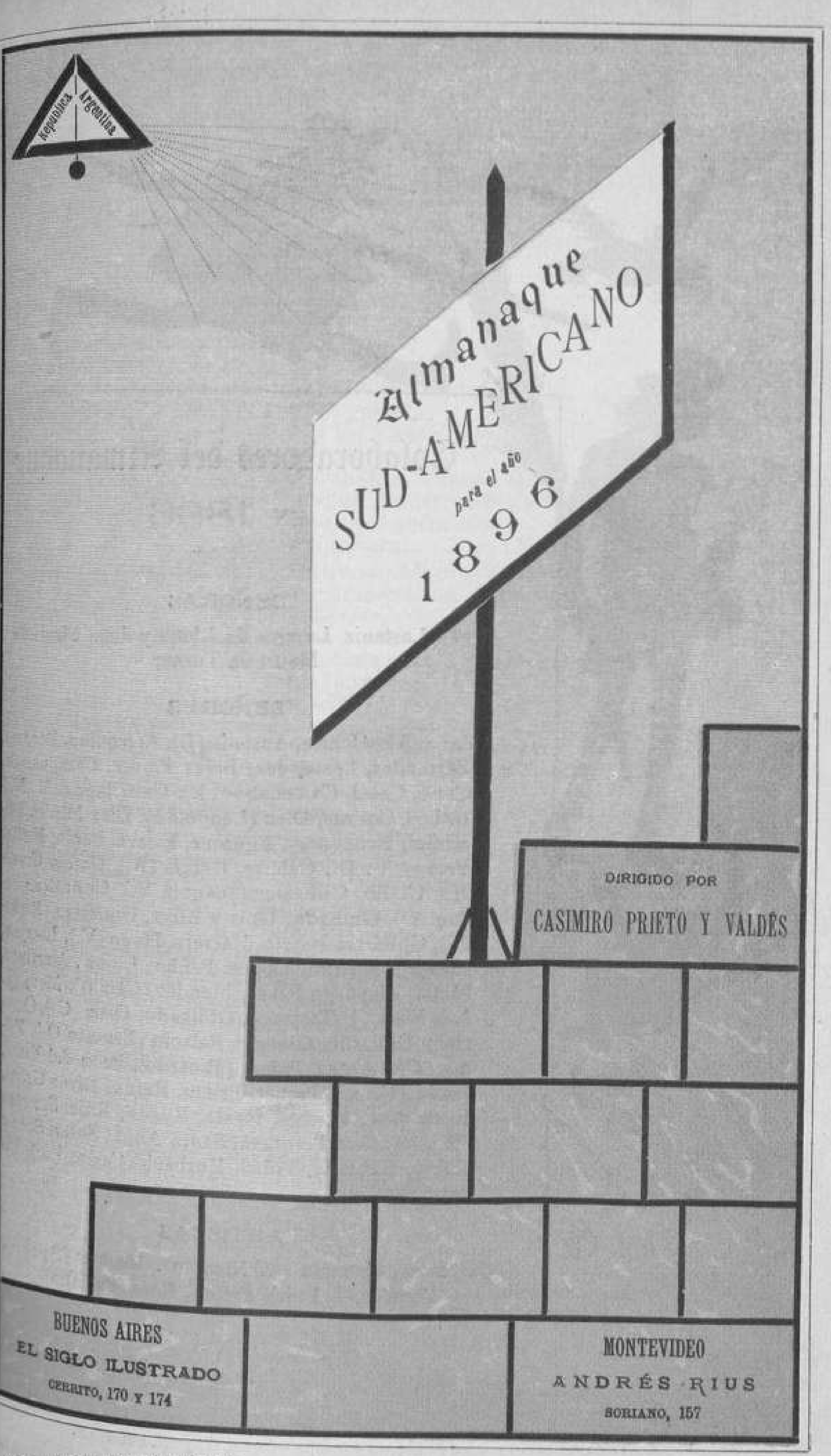
ALMANAQUE

SUD-AMERICANO


República Argentina
Almanaque
SUD-AMERICANO
para el año
1896
DIRIGIDO POR
CASIMIRO PRIETO Y VALDÉS
BUENOS AIRES
EL SIGLO ILUSTRADO
CERRITO, 170 Y 174
MONTEVIDEO
ANDRÉS RIUS
SORIANO, 157



Colaboradores del Almanaque
EN 1896

SEÑORAS

Doña Lastenia Larriva de Llona y doña Clorind[a] Matto de Turner

SEÑORES

Aldana, Almafuerte, Antonio (J.), Arreguine, Bece[rra], Bermúdez, Fernández, Bolet Peraza, Campoa[mor], Cané, Casal, Castellanos (J.), Castellanos (M. ...), Cobos, Cuevas, Díaz (Leopoldo), Díaz Mirón, [Do]minici, Echegaray, Egózcue, Esteva, Facio, F... Frexas, F. D., Galcfre, García (A.), García ... rcs, Godio, González (Joaquín V.), González (... dro A.), Granada, Gras y Elías, Gutiérrez (... do), Gutiérrez Nájera, Herrera, Hugo (V.), La... López Benedito, López Penha, Llona, Martí... Matta, Mayorga Rivas, Mendes (Cátulo), Mera (... L.), Mera (J. Trajano), Obligado, Ortiz (C.), ... rio y Gallardo, Otaegui, Palacio (Ernesto O.), ... ma (Clemente), Palma (Ricardo), Peón del Va... Pérez (U. A.), Piquet, Prieto, Reina, Rivas ... Rodríguez, Roeber, Roxlo, Rueda, Ruiz, Sánc... (R.), Sánchez Pesquera, Santa Anna, Solar, S... Calvo, Tablada, Tobal, Uhrbach (Carlos Pío), ... vero, etc., etc.

ARTISTAS

Cabrinety, Cotanda (V. Nicolau), Mestres (Apel...), Pellicer (J. Luis), Picolo, Ross (Paciano).

Establecimiento tipográfico de Espasa y Comp.ª—Cortes, 221 y 223, Barcelona.

ÍNDICE LITERARIO

ÍNDICE ARTÍSTICO

CABRINETY (F.)

COTANDA (Vicente Nicolau)

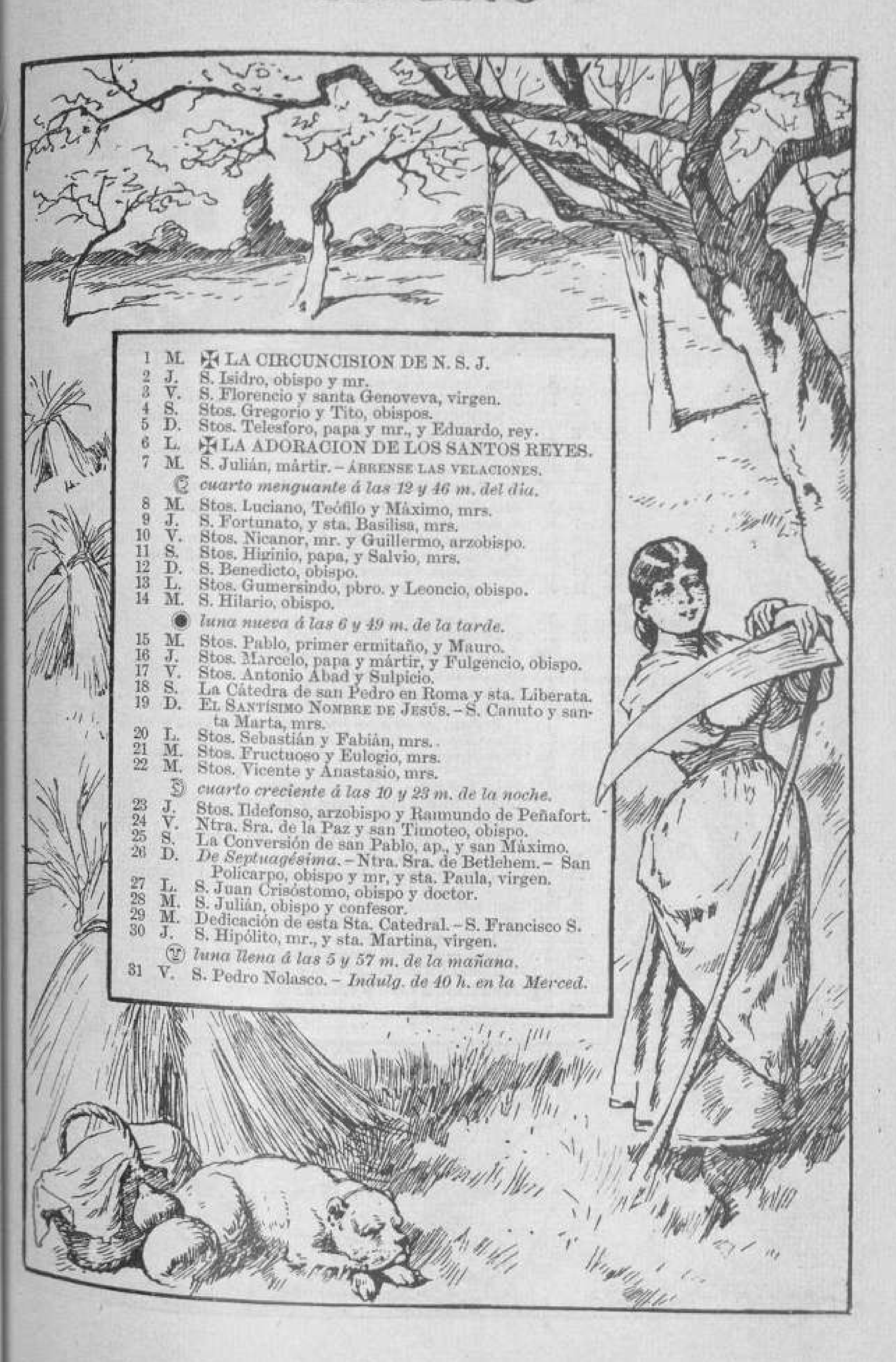
MESTRES (Apeles)

PELLICER (J. Luis)

PICOLO (M.)

ROSS (Paciano)

ENERO



1 M. ✠ LA CIRCUNCISION DE N. S. J.
2 J. S. Isidro, obispo y mr.
3 V. S. Florencio y santa Genoveva, virgen.
4 S. Stos. Gregorio y Tito, obispos.
5 D. Stos. Telesforo, papa y mr., y Eduardo, rey.
6 L. ✠ LA ADORACION DE LOS SANTOS REYES.
7 M. S. Julián, mártir. — ÁBRENSE LAS VELACIONES.

☾ *cuarto menguante á las 12 y 46 m. del dia.*

8 M. Stos. Luciano, Teófilo y Máximo, mrs.
9 J. S. Fortunato, y sta. Basilisa, mrs.
10 V. Stos. Nicanor, mr. y Guillermo, arzobispo.
11 S. Stos. Higinio, papa, y Salvio, mrs.
12 D. S. Benedicto, obispo.
13 L. Stos. Gumersindo, pbro. y Leoncio, obispo.
14 M. S. Hilario, obispo.

● *luna nueva á las 6 y 49 m. de la tarde.*

15 M. Stos. Pablo, primer ermitaño, y Mauro.
16 J. Stos. Marcelo, papa y mártir, y Fulgencio, obispo.
17 V. Stos. Antonio Abad y Sulpicio.
18 S. La Cátedra de san Pedro en Roma y sta. Liberata.
19 D. El Santísimo Nombre de Jesús. — S. Canuto y santa Marta, mrs.
20 L. Stos. Sebastián y Fabián, mrs.
21 M. Stos. Fructuoso y Eulogio, mrs.
22 M. Stos. Vicente y Anastasio, mrs.

☽ *cuarto creciente á las 10 y 23 m. de la noche.*

23 J. Stos. Ildefonso, arzobispo y Ramundo de Peñafort.
24 V. Ntra. Sra. de la Paz y san Timoteo, obispo.
25 S. La Conversión de san Pablo, ap., y san Máximo.
26 D. *De Septuagésima.* — Ntra. Sra. de Betlehem. — San Policarpo, obispo y mr, y sta. Paula, virgen.
27 L. S. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.
28 M. S. Julián, obispo y confesor.
29 M. Dedicación de esta Sta. Catedral. — S. Francisco S.
30 J. S. Hipólito, mr., y sta. Martina, virgen.

○ *luna llena á las 5 y 57 m. de la mañana.*

31 V. S. Pedro Nolasco. — *Indulg. de 40 h. en la Merced.*

FEBRERO



1 S. Stos. Cecilio é Ignacio, obispo y mr.
2 D. *De Septuagésima.* — LA PURIFICACIÓN DE NUESTRA SEÑORA. – Stos. Firmo y Cándido.
3 L. Stos. Blas, obispo y Laurentino, mrs.
4 M. *La Oración de N. S. J. C. en el Monte Olivete.*
5 M. S. Albino, obispo y sta. Agueda, virgen.

cuarto menguante á las 10 y 1 m. de la noche.

6 J. Stos. Teófilo y Saturnino y sta. Dorotea, mrs.
7 V. S. Romualdo, abad, y Ricardo, rey.
8 S. Stos. Juan de Mata, cfr., Lucio y Ciriaco, mrs.
9 D. *De Sexagésima.* – S. Alejandro, mr. y sta. Polonia.
10 L. Stos. Ireneo y Amancio, y sta. Escolástica.
11 M. *La Conmemoración de la Pasión de N. S. J. C.* — Stos. Félix, mr. y Saturnino, papa.
12 M. Stos. Damián y Modesto, y sta. Eulalia, mr.
13 J. S. Benigno, mr. y sta. Catalina, virgen.

Luna nueva á las 12 y 25 m. del día.

14 V. Stos. Valentín, presbítero, y Zenón, mrs.
15 S. S. Faustino y sta. Jovita, mrs.
16 D. *De Quincuagésima.* — Stos. Gregorio, p., y Elías. – *Indulg. de 40 h. en las Catalinas.* – CARNAVAL.
17 L. Stos. Rómulo, mártir, y Julián.
18 M. Stos. Simeón y Claudio, mrs. — C. LAS VELACIONES.
19 M. CENIZA. — *Abst.* – *Principio del ayuno cuaresmal.*
20 J. Stos. Eleuterio, obispo, y Nemesio, mrs.
21 V. *Abst.* – Stos. Félix, obispo, y Fortunato, mr. — La Sagrada Corona de Espinas de N. S. J. C.

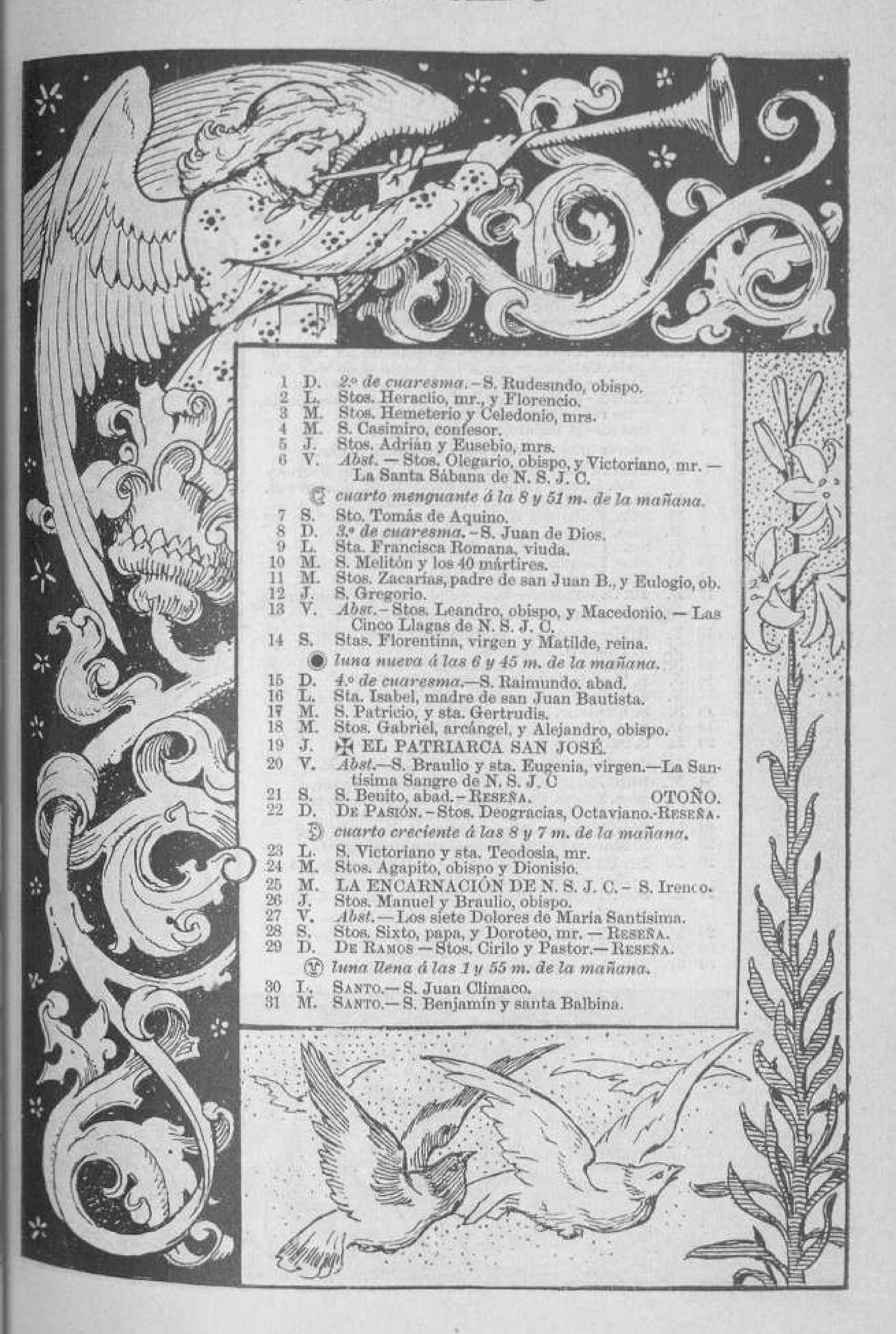
cuarto creciente á las 5 y 10 m. de la tarde.

22 S. La Cát. de s. Pedro en Antioquía y sta. Margarita.
23 D. *1.º de cuaresma.* — Stos. Damián, ob., y Policarpo.
24 L. Stos. Matías, ap., Modesto y sta. Primitiva, mr.
25 M. San Sebastián.
26 M. *Témp.* – Ntra. Sra. de Guadalupe. — S. Alejandro.
27 J. S. Baldomero, confesor.
28 V. *Témp.* — *Abst.* — Stos. Justo y Rufino, mrs. — La Lanza y Clavos de N. S. J. C.

luna llena á las 4 y 41 m. de la tarde.

29 S. Stos. Cayo y Serapión.

MARZO


1 D. *2.º de cuaresma.*—S. Rudesindo, obispo.
2 L. Stos. Heraclio, mr., y Florencio.
3 M. Stos. Hemeterio y Celedonio, mrs.
4 M. S. Casimiro, confesor.
5 J. Stos. Adrián y Eusebio, mrs.
6 V. *Abst.* — Stos. Olegario, obispo, y Victoriano, mr. — La Santa Sábana de N. S. J. C.

☾ *cuarto menguante á la 8 y 51 m. de la mañana.*

7 S. Sto. Tomás de Aquino.
8 D. *3.º de cuaresma.*—S. Juan de Dios.
9 L. Sta. Francisca Romana, viuda.
10 M. S. Melitón y los 40 mártires.
11 M. Stos. Zacarías, padre de san Juan B., y Eulogio, ob.
12 J. S. Gregorio.
13 V. *Abst.*—Stos. Leandro, obispo, y Macedonio. — Las Cinco Llagas de N. S. J. C.
14 S. Stas. Florentina, virgen y Matilde, reina.

● *luna nueva á las 6 y 45 m. de la mañana.*

15 D. *4.º de cuaresma.*—S. Raimundo, abad.
16 L. Sta. Isabel, madre de san Juan Bautista.
17 M. S. Patricio, y sta. Gertrudis.
18 M. Stos. Gabriel, arcángel, y Alejandro, obispo.
19 J. ✠ EL PATRIARCA SAN JOSÉ.
20 V. *Abst.*—S. Braulio y sta. Eugenia, virgen.—La Santísima Sangre de N. S. J. C
21 S. S. Benito, abad.—Reseña. OTOÑO.
22 D. De Pasión.—Stos. Deogracias, Octaviano.-Reseña.

☽ *cuarto creciente á las 8 y 7 m. de la mañana.*

23 L. S. Victoriano y sta. Teodosia, mr.
24 M. Stos. Agapito, obispo y Dionisio.
25 M. LA ENCARNACIÓN DE N. S. J. C.— S. Ireneo.
26 J. Stos. Manuel y Braulio, obispo.
27 V. *Abst.*—Los siete Dolores de María Santísima.
28 S. Stos. Sixto, papa, y Doroteo, mr. — Reseña.
29 D. De Ramos — Stos. Cirilo y Pastor.— Reseña.

○ *luna llena á las 1 y 55 m. de la mañana.*

30 L. Santo.— S. Juan Climaco.
31 M. Santo.— S. Benjamín y santa Balbina.

ABRIL



1 M. SANTO.—S. Venancio.—Impresión de las llagas de sta. Catalina.—*Ay. y abst. hasta el Sábado Sto.*
2 J. SANTO.—Stos. Francisco de Paula y Urbano, ob.
3 V. SANTO.—S. Benito de Palermo.—La traslación de las reliquias de sta. Rosa de Lima.
4 S. SANTO.—S. Isidoro, arzobispo.

☾ *cuarto menguante á las 9 y 25 de la noche.*

5 D. PASCUA DE RESURRECCIÓN.—S. Vicente Ferrer y sta. Irene.—*Indulg. de 40 horas en Montserrat.*
6 L. Stos. Sixto, papa y mr., y Celestino.
7 M. Stos. Epifanio y Rufino.—RESEÑA.
8 M. Stos. Dionisio, obispo, y Máximo, mr.
9 J. Stas. Casilda y María Cleofé.
10 V. Stos. Ezequiel y Pompeyo.
11 S. Stos. León, doctor, y Felipe, papa.
12 D. DE CUASIMODO.—Stos Julio, papa, y Víctor, mr.

● *luna nueva á las 12 y 19 m. de la noche.*

13 L. S. Hermenegildo.—ÁBRENSE LAS VELACIONES.
14 M. S. Pedro G. Telmo.
15 M. S. Máximo y sta. Anastasia.
16 J. S. Toribio de Liébana, obispo.
17 V. S. Aniceto, papa, y Beata María Ana de Jesús.
18 S. S. Eleuterio, obispo y mr.
19 D. Stos. Jorge, obispo y Vicente.
20 L. S. Serviliano, mr., y sta Inés.

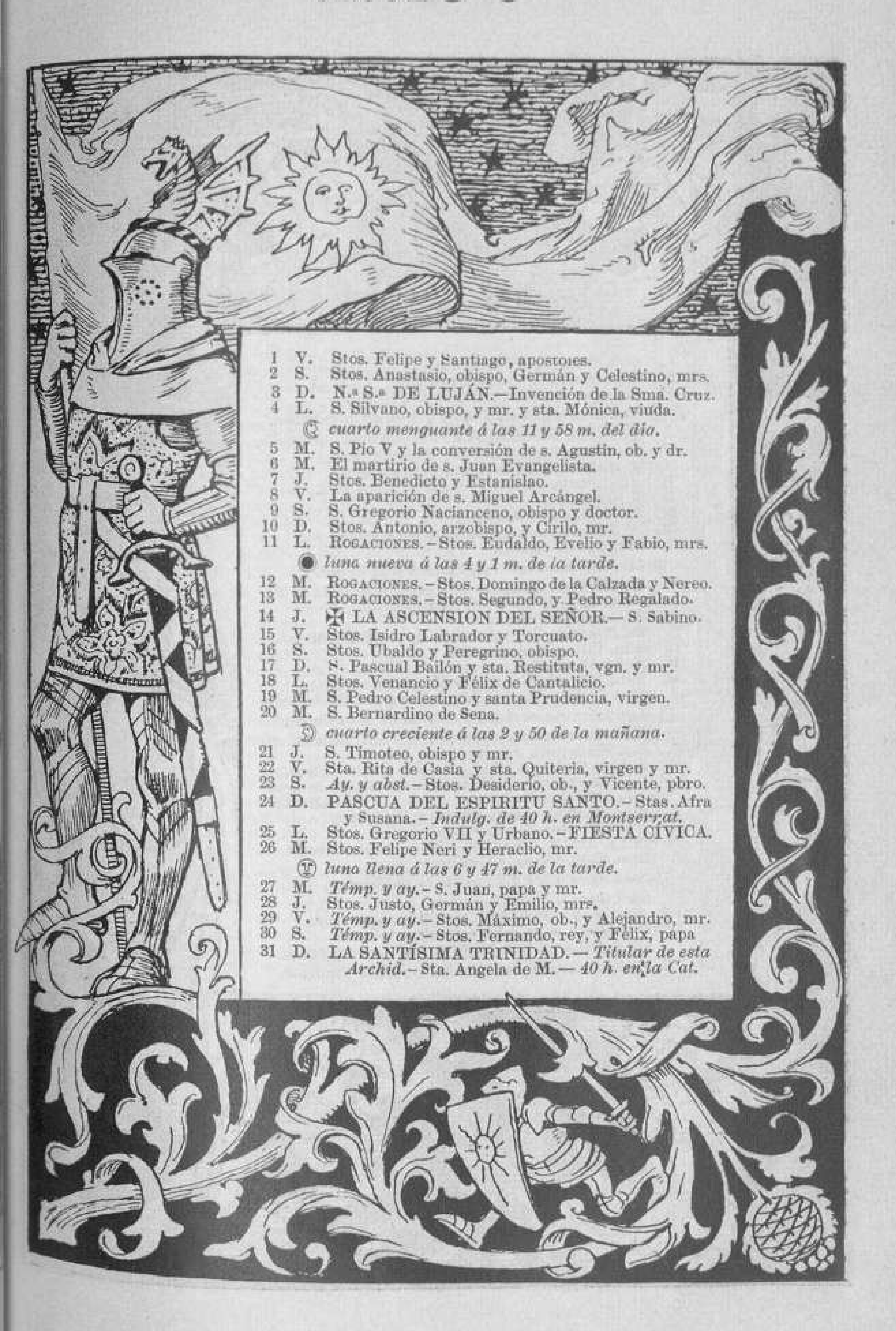
☽ *cuarto creciente á las 7 y 8 m. de la tarde.*

21 M. Stos. Anselmo, ob. y dr., y Simeón, ob. y mr.
22 M. Stos. Sotero, Cayo, papas y mrs., y Teodoro.
23 J. Stos. Jorge, Gerardo y Fortunato, mrs.
24 V. Stos. Honorio, obispo, y Fidel de Samaria, mr.
25 S. S. Marcos Evangelista.—*Letanías mayores.*
26 D. EL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.—Stos. Cleto, Marcelino, p. y mr., y Pedro, obispo.
27 L. Stos. Toribio, arzobispo, y Pedro Armengol, mr.

○ *luna llena á las 10 y 23 m. de la mañana.*

28 M Stos. Prudencio, arz., Vital, mr., y sta. Valeria.
29 M. Stos. Pedro, mr., y Paulino, obispo.
30 J. Sta. Catalina de Sena.

MAYO



1 V. Stos. Felipe y Santiago, apóstoles.
2 S. Stos. Anastasio, obispo, Germán y Celestino, mrs.
3 D. N.ª S.ª DE LUJÁN.—Invención de la Sma. Cruz.
4 L. S. Silvano, obispo, y mr. y sta. Mónica, viuda.

☾ *cuarto menguante á las 11 y 58 m. del día.*

5 M. S. Pío V y la conversión de s. Agustín, ob. y dr.
6 M. El martirio de s. Juan Evangelista.
7 J. Stos. Benedicto y Estanislao.
8 V. La aparición de s. Miguel Arcángel.
9 S. S. Gregorio Nacianceno, obispo y doctor.
10 D. Stos. Antonio, arzobispo, y Cirilo, mr.
11 L. Rogaciones.—Stos. Eudaldo, Evelio y Fabio, mrs.

● *luna nueva á las 4 y 1 m. de la tarde.*

12 M. Rogaciones.—Stos. Domingo de la Calzada y Nereo.
13 M. Rogaciones.—Stos. Segundo, y Pedro Regalado.
14 J. ✠ LA ASCENSION DEL SEÑOR.— S. Sabino.
15 V. Stos. Isidro Labrador y Torcuato.
16 S. Stos. Ubaldo y Peregrino, obispo.
17 D. S. Pascual Bailón y sta. Restituta, vgn. y mr.
18 L. Stos. Venancio y Félix de Cantalicio.
19 M. S. Pedro Celestino y santa Prudencia, virgen.
20 M. S. Bernardino de Sena.

☽ *cuarto creciente á las 2 y 50 de la mañana.*

21 J. S. Timoteo, obispo y mr.
22 V. Sta. Rita de Casia y sta. Quiteria, virgen y mr.
23 S. *Ay. y abst.*—Stos. Desiderio, ob., y Vicente, pbro.
24 D. PASCUA DEL ESPIRITU SANTO.—Stas. Afra y Susana.—*Indulg. de 40 h. en Montserrat.*
25 L. Stos. Gregorio VII y Urbano.—FIESTA CÍVICA.
26 M. Stos. Felipe Neri y Heraclio, mr.

○ *luna llena á las 6 y 47 m. de la tarde.*

27 M. *Témp. y ay.*—S. Juan, papa y mr.
28 J. Stos. Justo, Germán y Emilio, mrs.
29 V. *Témp. y ay.*—Stos. Máximo, ob., y Alejandro, mr.
30 S. *Témp. y ay.*—Stos. Fernando, rey, y Félix, papa
31 D. LA SANTÍSIMA TRINIDAD.—*Titular de esta Archid.*—Sta. Angela de M.—*40 h. en la Cat.*

JUNIO



1 L. Stos. Segundo y Fortunato.
2 M. S. Marcelino y compañeros, mrs.
3 M. S. Isaac, confesor, y sta. Paula, virgen.
☾ *cuarto menguante á las 4 y 8 m. de la mañana.*
4 J. ✠ CORPUS CHRISTI. – S. Francisco Caracciolo.
5 V. Stos. Marciano, Doroteo y Nicanor, mrs.
6 S. S. Norberto, obispo, y sta. Paulina, mr.
7 D. Stos. Pablo, ob., Pedro y compañeros, mrs.
8 L. S. Salustiano.
9 M. Stos. Primo y Feliciano, mrs.
10 M. S. Zacarías, mr., y sta. Margarita, reina.
11 J. S. Bernabé, apóstol.
● *luna nueva á las 5 y 29 m. de la mañana.*
12 V. El Sagrado Corazón de Jesús. — S. Juan de Sahagún. — *40 horas en San Ignacio.*
13 S. S. Antonio de Padua.
14 D. El Purísimo Corazón de María. – S. Basilio, ob.
15 L. Stos. Vito y Modesto, mrs.
16 M. S. Aureliano, obispo.
17 M. Stos. Manuel, Nicandro y Marciano, mrs.
18 J. Stos. Ciriaco, Marcos, Marcelino y sta. Paula, mrs.
☽ *cuarto creciente á las 8 y 27 m. de la mañana.*
19 V. Stos. Gervasio y Protasio, mrs., y sta. Juliana, vn.
20 S. Sta. Florentina, virgen.
21 D. S. Luis Gonzaga. – *Ind. plen. por asistir á la misa solemne que se celebra en honor del santo en la iglesia Catedral.* INVIERNO.
22 L. Stos. Paulino, obispo, Albano y Fabio, mr.
23 M. *Ayuno.* – Stos. Zenón y Apolinario.
24 M. NAT. DE S. JUAN B. – *40 horas en S. Juan.*
25 J. Stos. Eloy, obispo, y Guillermo, abad.
○ *luna llena á las 4 y 6 m. de la mañana.*
26 V. Stos. Juan y Pablo, hermanos, mártires.
27 S. *Abst. y ay.* – Stos. Zoilo, mr., y Ladislao, rey.
28 D. Stos. León papa, é Ireneo, obispo.
29 L. ✠ S. PEDRO Y S. PABLO. – *40 h. en la Cated.*
30 M. Conmemoración de s. Pablo, ap., y sta. Emiliana.

JULIO



1 M. Stos. Secundino y Casto, obispos, y Julio, mr.
2 J. Ntra. Sra. de los Desamparados. – *Indulg. de 40 h. en S. Nicolás de Bari.* — San Martiniano, mr.

☾ *cuarto menguante á las 9 y 26 m. de la noche.*

3 V. Stos. Ireneo, Jacinto, Trifón y Eulogio, mrs.
4 S. S. Laureano, arzobispo.
5 D. La Santísima Sangre de N. S. J. C. – La Traslación de las reliquias de nuestro patrón s. Martín, ob.
6 L. S. Rómulo, ob., el santo profeta Isaías y sta. Lucía.
7 M. Stos. Fermín, ob., Claudio y Sinforiano, mrs.
8 M. Sta. Isabel, reina de Portugal.
9 J. S. Cirilo, ob., y sta. Natalia. – FIESTA CÍVICA.
10 V. Stos. Januario, Félix, Felipe, Silvano, Alejandro.

● *luna nueva á las 4 y 42 m. de la tarde.*

11 S. Stos. Pío, papa, y Cipriano, mrs.
12 D. Stos. Juan Gualberto, abad, y Félix, mr.
13 L. S. Anacleto, papa y mr.
14 M. Stos. Buenaventura, obispo y doctor, y Cirilo, mr.
15 M. S. Enrique, emperador.
16 J. Triunfo de la Sma. Cruz. – Ntra. Sra. del Carmen. *–40 h. en Mont., Concepción, Teresas y Carm.*
17 V. S. Alejo, confesor, stas. Donata y Segunda, mrs.

☽ *cuarto creciente á la 1 y 22 m. de la tarde.*

18 S. Stos. Camilo de Lelis, Federico, y sta. Sinforosa.
19 D. S. Vicente de Paul, stas. Justa y Rufina, vgn. y mr.
20 L. Stos. Jerónimo, Emiliano y Elías, y sta. Liberata.
21 M. Stos. Victor y Feliciano, mrs.
22 M. Sta. María Magdalena y s. Teófilo.
23 J. Stos. Apolinario, obispo y mr., y Liborio.
24 V. S. Francisco Sol y sta. Cristina.

○ *luna llena á las 2 y 46 m. de la tarde.*

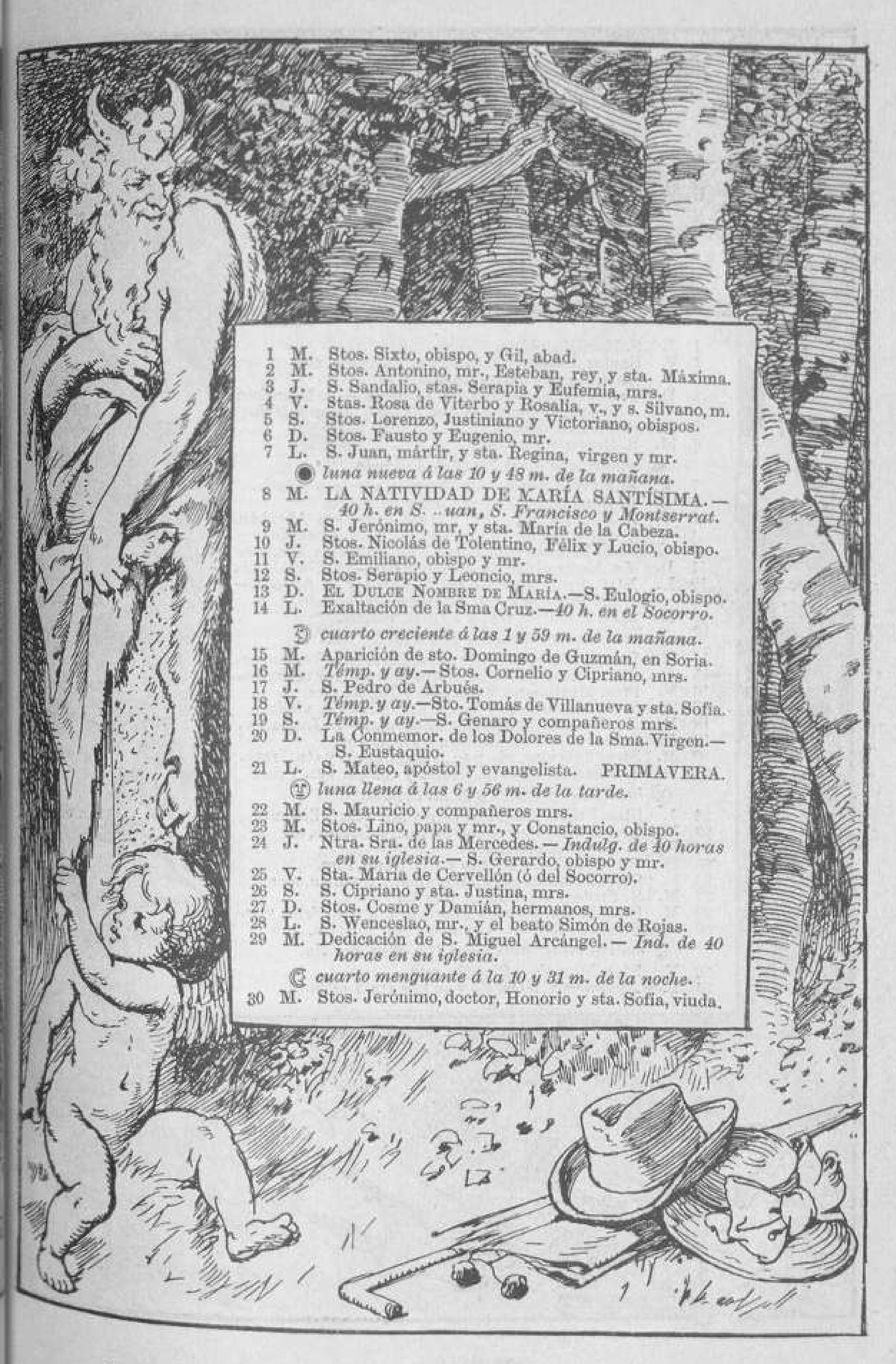
25 S. Santiago, apóstol, s. Cristóbal y sta. Valentina.
26 D. Santa Ana, madre de Ntra. Sra., y s. Jacinto, mr.
27 L. Stos. Pantaleón y Sergio, mrs., y sta. Natalia.
28 M. Stos. Inocencio, papa, Nazario y Acacio, mrs.
29 M. Sta. Marta, virgen, y s. Faustino, mr.
30 J. Stos. Abdón, Senén y sta. Máxima, ms.
31 V. S. Ignacio de Loyola. – *Ind. 40 horas en su iglesia.*

AGOSTO



1 S. Stos. Pedro Advíncula, Domiciano y Rufo, mrs.
☾ *cuarto menguante á las 2 y 50 m. de la tarde.*
2 D. Ntra. Sra. de los Angeles. — *Jub. de Porciúncula.*
3 L. La Invención de s. Esteban, protomártir.
4 M. Sto. Domingo de G., f. — *40 horas en su iglesia.*
5 M. Ntra. Sra. de las Nieves. – S. Osvaldo, rey.
6 J. La Transfiguración de N. S. J. C., s. Sixto, p. y m.
7 V. Stos. Cayetano, fundador, Pedro y Julián, mrs.
8 S. Stos. Ciriaco, Eleuterio y compañeros mrs.
9 D. Stos. Justo y Pastor, hermanos mrs.
● *luna nueva á las 2 y 12 m. de la mañana.*
10 L. S. Lorenzo, mr., y sta. Paula, virgen y mr.
11 M. Stos. Rufino, obispo y Tiburcio, y sta. Susana, mrs.
12 M. Sta. Clara, patrona menor de esta ciudad por su reconquista. – *Indulg. de 40 horas en S. Juan.*
13 J. Stos. Hipólito, Casiano y sta Elena, mrs.
14 V. *Abstinencia y ayuno.* – S. Eusebio, mr.
15 S. ✠ LA ASUNCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA.
☽ *cuarto creciente á las 6 y 47 m. de la tarde.*
16 D. S. Joaquín, padre de N.ª S.ª — *40 h. en S. Franc.*
17 L. Stos. Anastasio y Bonifacio.
18 M. Stos. Floro y Agapito.
19 M. Stos. Luis, obispo, Julio y Andrés, mrs.
20 J. S. Bernardo, abad, y el santo profeta Samuel.
21 V. Sta. Juana Francisca de Chantal.
22 S. Stos. Hipólito y Marcial, mrs.
23 D. Stos. Felipe Benicio y Restituto.
○ *luna llena á las 3 y 38 m. de la mañana.*
24 L. Stos. Bartolomé, apóstol, y Romano, obispo.
25 M. Stos. Julián y Luis, rey de Francia.
26 M. Stos. Ceferino, papa, Ireneo y Adriano, mrs.
27 J. S. José de Calasanz. — El dardo de sta. Teresa, vn.
28 V. Stos. Agustín y Bibiano, obispos.
29 S. La degollación de s. Juan B. — Sta. Cándida, v.
30 D. ✠ SANTA ROSA DE LIMA, vgn., patr.ª pral. de esta América Merid. – *40 h. en Sto. Domingo.*
31 L. S. Ramón Nonato. — *Ind. de 40 h. en la Merced.*
☾ *cuarto menguante á las 7 y 25 m. de la mañana.*

SEPTIEMBRE



1 M. Stos. Sixto, obispo, y Gil, abad.
2 M. Stos. Antonino, mr., Esteban, rey, y sta. Máxima.
3 J. S. Sandalio, stas. Serapia y Eufemia, mrs.
4 V. Stas. Rosa de Viterbo y Rosalía, v., y s. Silvano, m.
5 S. Stos. Lorenzo, Justiniano y Victoriano, obispos.
6 D. Stos. Fausto y Eugenio, mr.
7 L. S. Juan, mártir, y sta. Regina, virgen y mr.

luna nueva á las 10 y 48 m. de la mañana.

8 M. LA NATIVIDAD DE MARÍA SANTÍSIMA.—*40 h. en S. ..uan, S. Francisco y Montserrat.*
9 M. S. Jerónimo, mr, y sta. María de la Cabeza.
10 J. Stos. Nicolás de Tolentino, Félix y Lucio, obispo.
11 V. S. Emiliano, obispo y mr.
12 S. Stos. Serapio y Leoncio, mrs.
13 D. EL DULCE NOMBRE DE MARÍA.—S. Eulogio, obispo.
14 L. Exaltación de la Sma Cruz.—*40 h. en el Socorro.*

cuarto creciente á las 1 y 59 m. de la mañana.

15 M. Aparición de sto. Domingo de Guzmán, en Soria.
16 M. *Témp. y ay.*—Stos. Cornelio y Cipriano, mrs.
17 J. S. Pedro de Arbués.
18 V. *Témp. y ay.*—Sto. Tomás de Villanueva y sta. Sofía.
19 S. *Témp. y ay.*—S. Genaro y compañeros mrs.
20 D. La Conmemor. de los Dolores de la Sma. Virgen.—S. Eustaquio.
21 L. S. Mateo, apóstol y evangelista. PRIMAVERA.

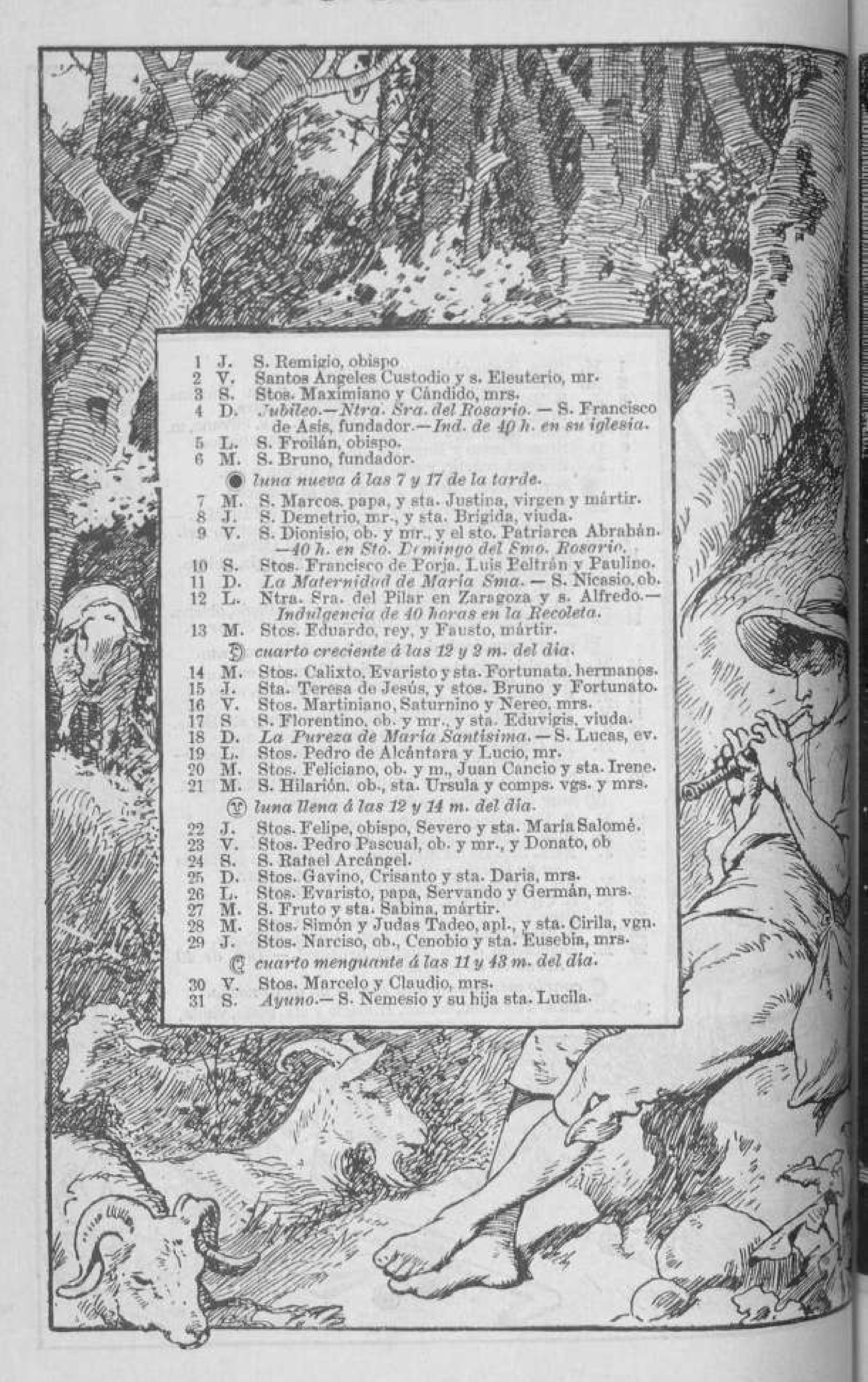
luna llena á las 6 y 56 m. de la tarde.

22 M. S. Mauricio y compañeros mrs.
23 M. Stos. Lino, papa y mr., y Constancio, obispo.
24 J. Ntra. Sra. de las Mercedes. — *Indulg. de 40 horas en su iglesia.*— S. Gerardo, obispo y mr.
25 V. Sta. María de Cervellón (ó del Socorro).
26 S. S. Cipriano y sta. Justina, mrs.
27 D. Stos. Cosme y Damián, hermanos, mrs.
28 L. S. Wenceslao, mr., y el beato Simón de Rojas.
29 M. Dedicación de S. Miguel Arcángel. — *Ind. de 40 horas en su iglesia.*

cuarto menguante á la 10 y 31 m. de la noche.

30 M. Stos. Jerónimo, doctor, Honorio y sta. Sofía, viuda.

OCTUBRE



1 J. S. Remigio, obispo
2 V. Santos Angeles Custodio y s. Eleuterio, mr.
3 S. Stos. Maximiano y Cándido, mrs.
4 D. *Jubileo.—Ntra. Sra. del Rosario.* — S. Francisco de Asís, fundador.—*Ind. de 40 h. en su iglesia.*
5 L. S. Froilán, obispo.
6 M. S. Bruno, fundador.

● *luna nueva á las 7 y 17 de la tarde.*

7 M. S. Marcos, papa, y sta. Justina, virgen y mártir.
8 J. S. Demetrio, mr., y sta. Brígida, viuda.
9 V. S. Dionisio, ob. y mr., y el sto. Patriarca Abrahán. *—40 h. en Sto. Domingo del Smo. Rosario.*
10 S. Stos. Francisco de Porja, Luis Peltrán y Paulino.
11 D. *La Maternidad de María Sma.* — S. Nicasio, ob.
12 L. Ntra. Sra. del Pilar en Zaragoza y s. Alfredo.— *Indulgencia de 40 horas en la Recoleta.*
13 M. Stos. Eduardo, rey, y Fausto, mártir.

☽ *cuarto creciente á las 12 y 2 m. del día.*

14 M. Stos. Calixto, Evaristo y sta. Fortunata, hermanos.
15 J. Sta. Teresa de Jesús, y stos. Bruno y Fortunato.
16 V. Stos. Martiniano, Saturnino y Nereo, mrs.
17 S. S. Florentino, ob. y mr., y sta. Eduvigis, viuda.
18 D. *La Pureza de María Santísima.* — S. Lucas, ev.
19 L. Stos. Pedro de Alcántara y Lucio, mr.
20 M. Stos. Feliciano, ob. y m., Juan Cancio y sta. Irene.
21 M. S. Hilarión, ob., sta. Ursula y comps. vgs. y mrs.

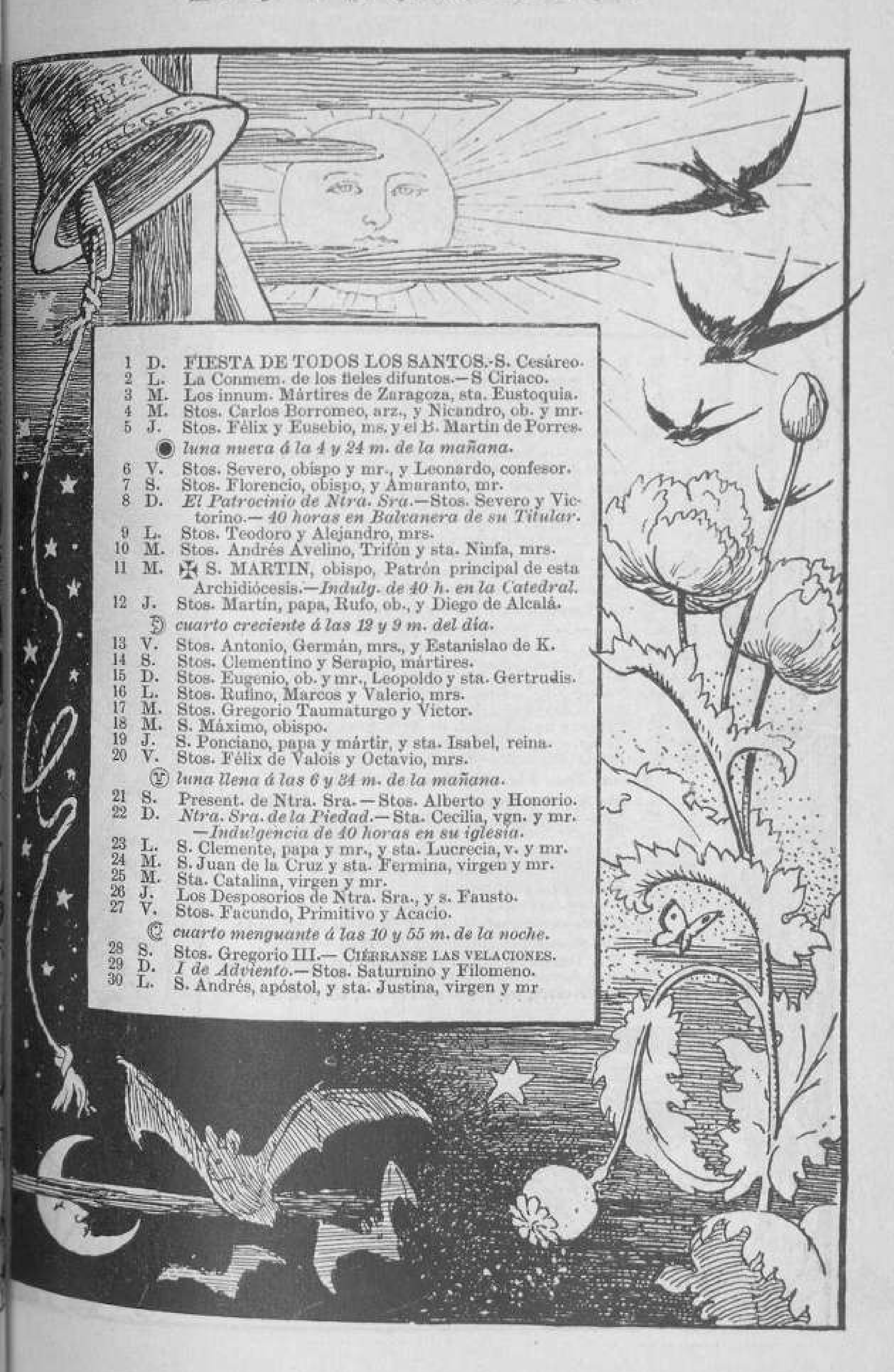
○ *luna llena á las 12 y 14 m. del día.*

22 J. Stos. Felipe, obispo, Severo y sta. María Salomé.
23 V. Stos. Pedro Pascual, ob. y mr., y Donato, ob
24 S. S. Rafael Arcángel.
25 D. Stos. Gavino, Crisanto y sta. Daría, mrs.
26 L. Stos. Evaristo, papa, Servando y Germán, mrs.
27 M. S. Fruto y sta. Sabina, mártir.
28 M. Stos. Simón y Judas Tadeo, apl., y sta. Cirila, vgn.
29 J. Stos. Narciso, ob., Cenobio y sta. Eusebia, mrs.

☾ *cuarto menguante á las 11 y 43 m. del día.*

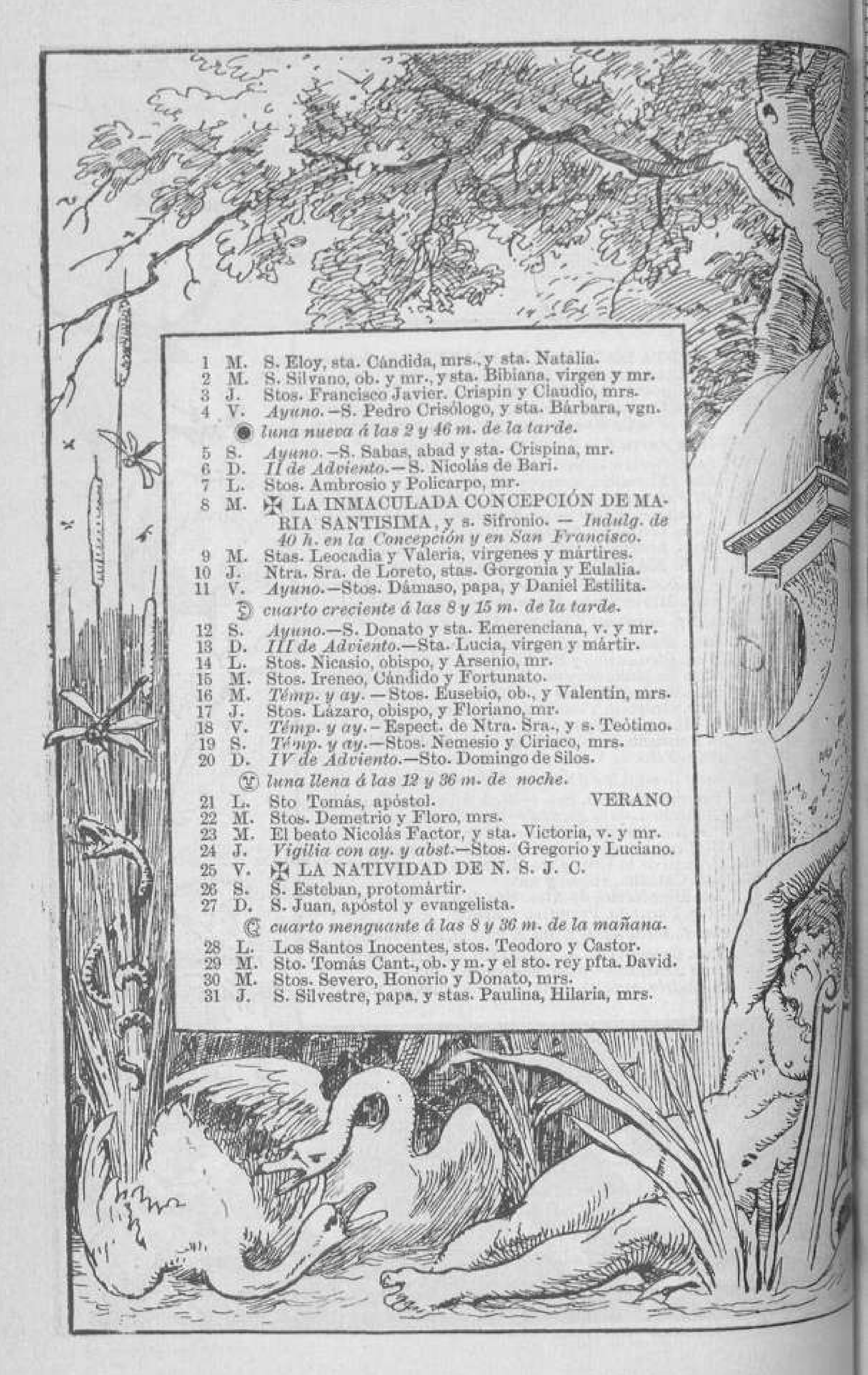
30 V. Stos. Marcelo y Claudio, mrs.
31 S. *Ayuno.*— S. Nemesio y su hija sta. Lucila.

NOVIEMBRE



1 D. FIESTA DE TODOS LOS SANTOS.-S. Cesáreo.
2 L. La Conmem. de los fieles difuntos.—S Ciriaco.
3 M. Los innum. Mártires de Zaragoza, sta. Eustoquia.
4 M. Stos. Carlos Borromeo, arz., y Nicandro, ob. y mr.
5 J. Stos. Félix y Eusebio, ms. y el B. Martin de Porres.
luna nueva á la 4 y 24 m. de la mañana.
6 V. Stos. Severo, obispo y mr., y Leonardo, confesor.
7 S. Stos. Florencio, obispo, y Amaranto, mr.
8 D. *El Patrocinio de Ntra. Sra.*—Stos. Severo y Victorino.—*40 horas en Balvanera de su Titular.*
9 L. Stos. Teodoro y Alejandro, mrs.
10 M. Stos. Andrés Avelino, Trifón y sta. Ninfa, mrs.
11 M. ✠ S. MARTIN, obispo, Patrón principal de esta Archidiócesis.—*Indulg. de 40 h. en la Catedral.*
12 J. Stos. Martin, papa, Rufo, ob., y Diego de Alcalá.
cuarto creciente á las 12 y 9 m. del día.
13 V. Stos. Antonio, Germán, mrs., y Estanislao de K.
14 S. Stos. Clementino y Serapio, mártires.
15 D. Stos. Eugenio, ob. y mr., Leopoldo y sta. Gertrudis.
16 L. Stos. Rufino, Marcos y Valerio, mrs.
17 M. Stos. Gregorio Taumaturgo y Victor.
18 M. S. Máximo, obispo.
19 J. S. Ponciano, papa y mártir, y sta. Isabel, reina.
20 V. Stos. Félix de Valois y Octavio, mrs.
luna llena á las 6 y 34 m. de la mañana.
21 S. Present. de Ntra. Sra. —Stos. Alberto y Honorio.
22 D. *Ntra. Sra. de la Piedad.*—Sta. Cecilia, vgn. y mr. —*Indulgencia de 40 horas en su iglesia.*
23 L. S. Clemente, papa y mr., y sta. Lucrecia, v. y mr.
24 M. S. Juan de la Cruz y sta. Fermina, virgen y mr.
25 M. Sta. Catalina, virgen y mr.
26 J. Los Desposorios de Ntra. Sra., y s. Fausto.
27 V. Stos. Facundo, Primitivo y Acacio.
cuarto menguante á las 10 y 55 m. de la noche.
28 S. Stos. Gregorio III.— CIÉRRANSE LAS VELACIONES.
29 D. *I de Adviento.*—Stos. Saturnino y Filomeno.
30 L. S. Andrés, apóstol, y sta. Justina, virgen y mr

DICIEMBRE



1 M. S. Eloy, sta. Cándida, mrs., y sta. Natalia.
2 M. S. Silvano, ob. y mr., y sta. Bibiana, virgen y mr.
3 J. Stos. Francisco Javier. Crispin y Claudio, mrs.
4 V. *Ayuno.*—S. Pedro Crisólogo, y sta. Bárbara, vgn.
luna nueva á las 2 y 46 m. de la tarde.
5 S. *Ayuno.*—S. Sabas, abad y sta. Crispina, mr.
6 D. *II de Adviento.*—S. Nicolás de Bari.
7 L. Stos. Ambrosio y Policarpo, mr.
8 M. ✠ LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARIA SANTISIMA, y s. Sifronio. — *Indulg. de 40 h. en la Concepción y en San Francisco.*
9 M. Stas. Leocadia y Valeria, virgenes y mártires.
10 J. Ntra. Sra. de Loreto, stas. Gorgonia y Eulalia.
11 V. *Ayuno.*—Stos. Dámaso, papa, y Daniel Estilita.
cuarto creciente á las 8 y 15 m. de la tarde.
12 S. *Ayuno.*—S. Donato y sta. Emerenciana, v. y mr.
13 D. *III de Adviento.*—Sta. Lucia, virgen y mártir.
14 L. Stos. Nicasio, obispo, y Arsenio, mr.
15 M. Stos. Ireneo, Cándido y Fortunato.
16 M. *Témp. y ay.*—Stos. Eusebio, ob., y Valentin, mrs.
17 J. Stos. Lázaro, obispo, y Floriano, mr.
18 V. *Témp. y ay.*—Espect. de Ntra. Sra., y s. Teótimo.
19 S. *Témp. y ay.*—Stos. Nemesio y Ciriaco, mrs.
20 D. *IV de Adviento.*—Sto. Domingo de Silos.
luna llena á las 12 y 36 m. de noche.
21 L. Sto Tomás, apóstol. VERANO
22 M. Stos. Demetrio y Floro, mrs.
23 M. El beato Nicolás Factor, y sta. Victoria, v. y mr.
24 J. *Vigilia con ay. y abst.*—Stos. Gregorio y Luciano.
25 V. ✠ LA NATIVIDAD DE N. S. J. C.
26 S. S. Esteban, protomártir.
27 D. S. Juan, apóstol y evangelista.
cuarto menguante á las 8 y 36 m. de la mañana.
28 L. Los Santos Inocentes, stos. Teodoro y Castor.
29 M. Sto. Tomás Cant., ob. y m. y el sto. rey pfta. David.
30 M. Stos. Severo, Honorio y Donato, mrs.
31 J. S. Silvestre, papa, y stas. Paulina, Hilaria, mrs.

· Cuatro Esbozos ·











· Roman Mayorga Rivas ·

I

Ya rompe el sol las nieblas invernales
y baña en luz la gran Naturaleza;
y el río helado al fin se despereza,
en perlas deshaciendo sus cristales.

La mano del Creador vierte á raudales
sus fecundos tesoros de belleza,
y ya de nuevo á germinar empieza
la vida con sus glorias inmortales.

Al nacimiento hermoso de esta aurora,
se estremece la tierra de alegría
y entona un himno colosal, sin nombre;

Torna feliz el ave emigradora,
y el amor, la esperanza y la poesía
vuelven también al corazón del hombre.

II

Natura fecundada, se doblega
de sus frutos al peso, alegre, hermosa,
y ebria de savia, ardiente y voluptuosa,
del regio sol á la pasión se entrega.

Hay orgía de luz que casi ciega,
y hondos misterios en la selva umbrosa,
y la atmósfera, clara y bochornosa,
sensual beleño hasta en las flores riega.

Gotea sangre la uva entre la parra;
desgrana el viento á la dorada espiga,
y el mar ruge magnífico y profundo;

La hiedra al olmo con placer se agarra,
y Eva y Adán, bajo su sombra amiga,
se rinden al amor, alma del mundo!

III

De entre apiñadas nubes de oro y grana
despide el sol sangrientos resplandores;
y son más apagados los rumores
de la tarde, del viento y la fontana.

Verde ayer la arboleda, hoy se engalana
para morir, de múltiples colores,
ostentando sus hojas como flores
de variado matiz y pompa vana.

Parece que Natura, conmovida,
copioso llanto de ternura vierte
porque el Estío emprende la partida;

Y por doquiera el corazón advierte,
cómo la exuberancia de la vida
es el germen fecundo de la muerte!

IV

Tras el nublado gris que apenas dora,
muestra su faz el sol. El cierzo helado,
como se queja, y vuela tan callado,
alma en pena, creyérase, que llora.

La niebla se descuelga abrumadora;
duerme la fuente en el desnudo prado;
cubre al mundo un sudario, iluminado
por un triste fulgor de extraña aurora.

Hay vida artificial en los salones,
olvido afuera, y soledad, y frío,
y una desolación como ninguna;

Cae la nieve en las tumbas á montones,
y, lámpara de Dios en el vacío,
la muerte alumbra pálida la luna...

Román Mayorga Rivas.

Wáshington.

SIC SEMPER

Aparece un hombre de genio. Es bondadoso, fuerte, magnánimo; es útil para todos.

Como el alba las ondas del Océano, dora con los rayos de su ilustración las frentes de la multitud; aporta una idea al siglo que le espera, cumple su misión; trata de engrandecer los espíritus; de disminuir las miserias; desea el progreso, y es feliz si consigue que se piense algo más y se sufra algo menos.

¿Creéis que le van á coronar? Pues le silban. Escribas, sabios, retóricos, aristocracia, populacho, todos le silban á la vez con siniestra algarabía. Si es orador, le silban; si es poeta, todos exclaman en coro: —Es absurdo, falso, monstruoso; causa indignación!

El poeta, sin embargo, — mientras babean sus laureles, — de pie, cruzado de brazos, erguida la frente y serena la mirada, contempla tranquilamente el ideal y piensa. Y de vez en cuando sacude una antorcha que á sus pies y en lo obscuro, deslumbrando al odio, alumbra de repente el fondo del alma humana.

Para sus contemporáneos y para las generaciones vivientes va sembrando la gloria y recoge la afrenta. El progreso es el fin que persigue. El bien le sirve de brújula, y, piloto, se aisla en el puente del navío. Los marinos para domar los vientos y las corrientes ponen la proa hacia distintos puntos, y para llegar al puerto dijérase que se desvían de él. El poeta hace lo mismo, y oye vituperios é imprecaciones. La ignorancia, que todo lo sabe, lo denuncia todo. Si se dirige hacia el norte, comete un error; si se dirige hacia el sur, se equivoca; si la tempestad le sale al paso... ¡cuántos se alegran! Bajo tan enorme peso dobla al fin la cabeza; van pasando los años, y muere... Entonces la envidia, ese demonio vigilante, se le acerca, le reconoce, le cierra los ojos y cuida de clavarle las manos en el ataúd; se inclina, escucha para espiar si verdaderamente está muerto, y, enjugándose los llorosos ojos, exclama:

—¡Era un grande hombre!

Víctor Hugo.

EL ARTE EN AMÉRICA



EL GENIO DE COLÓN, MOSTRÁNDOLE EL CAMINO DE AMÉRICA

Grupo escultórico de la distinguida artista argentina doña Josefa Aguirre de Vassilicós

Á AURORA RISSO PATRÓN

Tu carta recibí, niña hechicera,
allá por Junio, en la estación más fría,
y no la contesté porque debía
escribirte al llegar la primavera.
Los poetas tenemos raras cosas,
y yo, entre ellas, (y es caso de conciencia),
gusto hablar con la límpida inocencia
al entreabrirse las primeras rosas.
Dejo allá en el invierno los pesares,
y entrego el corazón á los engaños
cuando están con las almas de quince años
hablando sin hablar los azahares.
Hoy mismo, á despertarme, ahijada mía,
trayendo margaritas y verbenas,
rojas como la sangre de tus venas,
vino á mí la celeste Poesía.
Y evocó en su lenguaje tantos sueños
de hermosura sin par, al darme flores,
recordóme tan íntimos amores,
que son por siempre de mi vida dueños,
Que he querido contártelos á solas,
para que guarde tu inocente oído
el de este corazón hondo latido,
como es hondo, en la mar, el de las olas.
—«¿No la ves, no la ves?» díjome entonce,
y me enseñó á mi madre, dulce y buena,
con su cándida frente de azucena
y su actitud como fundida en bronce.
Más allá, con estrépito festivo,
en el paterno Paraná vogaban
mis hermanas pequeñas, y embarcaban
la flor del camalote y el seibo.
Ya más cerca de mí, mi noble esposa,
alta la frente, el corazón en calma,
me envolvía en las luces de su alma
con su tranquila majestad de diosa;
Y jugando en redor, el hijo mío,
Carlos, risueño, charlatán, nervioso,
se arrojaba en sus brazos bullicioso,
como se arroja el arroyuelo al río.
¡Cuadro de amor, inenarrable y santo,

que me pintó la excelsa Poesía,
y que es verdad, verdad, ahijada mía,
en este mundo en que mentimos tanto.
Después la misma diosa, sonrïendo,
como suele reir si se encariña,
me habló, Aurora, de tí cuando eras niña,
de tal manera que te voy siguiendo
Allá por mis barrancas, donde ufanos,
por tus débiles plantas mal seguidos,
llorosa en tu impotencia, tras los nidos
despeñábanse al vuelo tus hermanos.
Adolescente ahora y hechicera,
te damos los de ayer la bienvenida,
y alzado como pórtico á tu vida
tiende su arco triunfal la primavera.
Tu padrino, mi ahijada, en vivo anhelo,
te desea por hoy cintas y moños,
mañana verte esposa, y, si hay retoños,
que á la patria los des, los des al cielo;
Y al bendecir tu juventud lozana,
ruega al Dios que á los buenos ilumina,
que corone tus sienes de argentina
el esplendor de la mujer cristiana.
Como estas flores, de que tengo llenas
las manos, son muy tuyas, hija mía,
á nombre de la dulce Poesía
te entrego margaritas y verbenas.

RAFAEL OBLIGADO.

COMO LA ESPUMA

Sobre la öla embravecida y fiera
tranquila va la espuma,
como va sobre mi alma tu memoria
de mi existencia en la agitada lucha.
Debajo, los horrores del abismo;
encima, la alba espuma:
en mi pecho el enojo y la soberbia,
en mi mente tu imagen dulce y pura.
¡Oh! ¡no te desvanezcas, sombra amada,
como ligera espuma;
si se rompe la ola en el peñasco,
que al volver al abismo tú la cubras!

V. BECERRA.

Quito.

ASPIRACIONES ARISTOCRÁTICAS



—El vizconde del Pinar...
¡quién le pudiera atrapar!
pero á mi afán no responde...
—¡Cómo! ¿te basta un vizconde?
yo quisiera ser de un *Par*.

EPIGRAMA

Escéptico siempre fué,
¿y se hizo escribano Anglada?
pues, francamente, no sé
cómo ha de dar fe de nada,
quien en nada tiene fe.

PRIMEROS VERSOS

AL POETA CASIMIRO PRIETO

«Aquella casa me parecía un templo. Con la profunda devoción del creyente, me deslicé por el zaguán estrecho, y al encontrarme en el ancho patio de baldosas, frente á una puerta pintada de verde, sobre cuyo dintel se leía «Redacción,» sentí que me temblaban las piernas, que el corazón me latía fuertemente y que, á pesar de todas mis resoluciones, me entraban deseos irresistibles de volver á la calle y abandonar la empresa.

»Detúveme un rato para respirar, y después, como obedeciendo á un movimiento reflejo, llamé con las manos. Acudió el sirviente, un gallego de cara asombrada, ancho de hombros, de figura tosca; uno de esos individuos nacidos para los rudos trabajos de la tierra, á quienes el hambre arroja á extraños centros, y que parecen hallarse en ellos siempre fuera de quicio.

»—¿El señor Velázquez? pregunté.

»—Pase usted, contestóme el gallego, y tendiendo la mano vellosa hacia la puerta abrió ésta con un golpe rudo y me hizo seña de que entrara.

»Obedecí, y me hallé de pronto en un pequeño despacho, en cuyas paredes, empapeladas con un papel claro, de dibujos caprichosos, dormían, suspendidos de un clavo, multitud de periódicos.

»Una mesa-escritorio, llena de papeles y libros; una pequeña biblioteca, dos sillones de cuero y media docena de sillas, formaban todo el mueblaje. Delante de la mesa, inclinado sobre ella en actitud de escribir, la pluma en una mano y en la otra el cigarrillo, se hallaba don Justo Velázquez, el conocido literato, recién llegado de España, y redactor de *El Marcos de Obregón*, periódico satírico-literario.

»Al verme, levantó su enorme cabeza calva, fijó en mí sus grandes ojos negros y pensativos, inclinóse ligeramente, y después de colocar la pluma junto al tintero, se pasó la mano por la barba blanca y se puso en actitud de escucharme.

»—Señor, le dije con voz trémula, que en vano trataba de parecer tranquila, sé que usted es amigo de la juventud, que protege sus aspiraciones, y vengo á traerle unos versos por si le parecen dignos de publicarse.

»—¿Versos?... Ya sabe usted que esas cosas no se leen; pero déjemelos; necesito verlos despacio, y ahora estoy muy atareado.

»—¿Y podría saber la contestación?

»—Pase mañana y la tendrá usted.

»Al decirme esto, se levantó de su asiento, me tendió la mano, y como comprendí que, aunque cortésmente, se me despedía, le saludé y salí dando tropezones. Las lágrimas parecían querer desbordar de mis ojos. No era ese el recibimiento que había imaginado, la recompensa de mis largas horas de labor, de mis noches pasadas en vela, buscando consonantes y puliendo la frase rebelde, que al fin, sumisa, se prestaba á guardar los sentimientos más íntimos de mi corazón, ó por lo menos, los que entonces me parecían tales.

»Los que nunca han sentido el martirio de la producción, ese dolor de la maternidad cerebral que ha desesperado á tantos, á Baudelaire y á Flaubert, arrastrándolos hasta la locura, no podrán tampoco comprender nunca el amor de la obra propia, de ese hijo que, perfecto ó deforme, lleva siempre en sí lo mejor de nosotros mismos.

* * *

»Todo ese día, toda la noche que le siguió, no tuve más preocupación que la de imaginar cuáles serían los resultados de mi visita; y cuando, á la mañana siguiente, abandoné el lecho, un fuerte dolor de cabeza parecía punzarme el cráneo.

»Las horas no marchaban para mí. El reloj, que consultaba á cada minuto, parecía tener agujas inmóviles.

»Sin embargo, el momento esperado llegó, como llegan

todas las cosas. Volví á la redacción, donde don Justo, con una sonrisa amable, que me presagiaba mucho de bueno, me hizo sentar á su lado.

»—He leído sus versos, me dijo. Hay cualidades allí que, bien dirigidas, pueden dar algún día sus frutos. Publicaré, pues, sus versos; pero antes hay que cambiar el título, demasiado vago, y corregir algunas cosas.

»Los tales versos se titulaban *Vacío;* eran, como los de todo principiante, del género amatorio; y como no hay por qué recordarlos, diré solamente que cantaba en ellos mi primer desengaño.

»Seguí las indicaciones de don Justo, y me retiré, no ya como la primera vez, triste y cabizbajo, sino feliz, orgulloso, lleno de ese contento irresistible, que, á no contenerse, desbordaría en gritos, abrazos y otras mil manifestaciones tan peligrosas como ellas para el prójimo, víctima siempre en semejantes circunstancias.

»Cuando me ví en la calle, me pareció que todas las caras sonreían, que el sol brillaba con más fuerza, que había más calor en el aire y más profundidad en el cielo.

»El mundo acababa de sufrir para mí profundas transformaciones; y de allá, del fondo de mi alma, surgía algo así como perfumes de primavera y cantos de aves.

* * *

»Pocos días después *El Marcos de Obregón* daba á luz mis versos. ¡Con qué placer tomé ese número y cuántas veces leí las líneas desiguales que encerraban mi trabajo! Éste, con su nueva vestidura, bajo la esmerada forma tipográfica, no parecía el mismo; creo que hasta me asombré de mi producción y la admiré como si fuera de persona extraña.

»Compré varios números del periódico y me puse á vagar por las calles más frecuentadas de la ciudad.

»Un fenómeno extraño se producía en mí: todos me miraban, y cuando, conversando, pasaba algún grupo, creía que se pronunciaba mi nombre; si alguno me fijaba los ojos, era que había adivinado en mi persona al autor de los versos.

»Cuando divisaba algún amigo, me dirigía hacia él con fingido aire de indiferencia, en espera de calurosas felicitaciones. Si éstas no llegaban, ó porque aquél no había leído el periódico ó porque no las juzgaba oportunas, mi vanidad de autor se sentía profundamente herida, y, al retirarme, no dejaba de murmurar entre dientes:—¡Ignorante!

»En casa la cosa pasó de otro modo. Leí en la mesa mis versos, y á su lectura, mi madre, que ya me juzgaba un poeta, sentía llenársele de lágrimas los ojos; mis hermanos sonreían; y mi padre, aunque íntimamente halagado por mi triunfo y los plácemes que también le cupieron, hacía lo posible para conservar una actitud digna y severa. Concluída la lectura, el periódico volvía á circular de mano en mano hasta llegar á la de mi padre, que rechazándolo, me decía:

»—Ocúpate en estudiar y no pierdas así tu tiempo.

»Yo callaba, pero en el fondo de mi ser sucedían cosas extrañas; sentía algo como una ola que subía hasta mi garganta; mis ojos se cerraban con delicia, y mi imaginación aguijoneada por el vino, soñaba con futuras apoteosis...

* * *

»Después de estos versos, muchos otros llevo escritos y publicados; pero esa impresión primera, que dió á mis labios el sabor de la gloria, no se ha reproducido, no se reproducirá acaso nunca.

»Y lo siento, porque es con esas sensaciones con las que el hombre construye su endeble felicidad, y cuando ya no se perciben, la vida vale poco.»

* * *

Al concluir la historia de sus primeros versos, nuestro amigo Julio se levantó de la mesa, dirigióse al sofá, recostóse en él, y después de encender un cigarrillo y lanzar una gran bocanada de humo, cerró los ojos y se quedó dormido, saboreando quizás en sueños su primero y único triunfo.

Domingo D. Martinto.

Buenos Aires, 1894.



VERSOS DE MECEDORA (1)

Á UNA LIMEÑA

Yo me figuro á Lima tendida en una hamaca
tramada con las sedas de túnica sutil,
y en esa red del sueño, bellísima destaca
sus formas, una diosa de cuello de marfil.

—

Es esa diosa Lima, que entre sus siestas de oro
duerme en la urdimbre bella su casto ensueño azul,
tiene una voz de timbre gratísimo y sonoro
y amor de sus pestañas tras el sedoso tul.

—

Entre las manos lánguidas sostiene un libro abierto
del cual lee una estrofa para pensar después,
hay en sus ojos vagas perezas del desierto
y dos almendras de oro parecen sus dos pies.

—

En alambreras áureas aves extrañas presas,
miran el ritmo blando del dulce mecedor,
y abren sus alas vivas en las que van impresas
las tintas que en las plumas sinfonizó el color.

—

Es esa diosa culta, suavísima, indolente;
adora á los poetas, que son seres de luz;
tiene el reposo griego de un mármol en la frente,
y en el hablar la gracia del ámbito andaluz.

—

Que eres tú esa belleza, limeña, que me inspira,
pienso, cuando contemplo tu risa y tu bondad;
¡y en una red tramada con cuerdas de mi lira
meciéndote estaría por una eternidad!

SALVADOR RUEDA.

Madrid.

(1) Composición dedicada á la bella é inteligente señorita Angélica Palma, hija del eminente autor de las *Tradiciones Peruanas*.

TOQUE DE ALBA

¡Despertad! ¡despertad! una voz clama:
y en tanto, viento, que cantando llevas
soplos de vida á la enfermiza dama,
un olor capitoso á flores nuevas
por el cálido ambiente se derrama.

Clava el rey Febo sus saetas de oro
en las crestas del monte, y reposado
rumia el robusto y corpulento toro,
mientras que el ágil potro por el prado
salta y afina su clarín sonoro.

Bajo las altas y floridas frondas
raudo rueda el arroyo, en cuyas linfas
mojan sus largas cabelleras blondas,
entre risas y estrépitos, las ninfas
de curvaturas amplias y redondas.

Y por la verde y húmeda sabana
cruza cantando la zagala airosa,
mientras tocan los pájaros su diana,
y en su lecho de mimbres, voluptuosa,
duerme la joven musa americana.

ADOLFO GARCÍA.

Panamá.

MI DÉCIMA MUSA

Es mi décima musa la esplendente,
la feraz primavera perfumada.
Oigo su plácido idilio en la cascada
y una ronca epopeya en el torrente.

Boca de fuego pura y sonriente
es para mí la flor de la granada:
verde nido de amor toda enramada,
cielo azul el cristal de toda fuente.

Y al blando arrullo de la brisa leda,
sueño con la feliz reja moruna,
el dulce beso en la floresta umbrosa,

la Alhambra, las escalas de oro y seda,
y el callado jardín lleno de luna,
donde suspira una mujer hermosa.

MANUEL REINA.

UNA FORTALEZA



—¿*Fortaleza* la virtud
de quien, sin sentir bochorno,
permite que de ella en torno
se agite la juventud?
—Aunque pienses lo que quieras,
fortaleza debe ser
mujer que se deja ver
tan rodeada de *troneras*.

EPIGRAMA

¿Que es un talento Vicente?
no me explico, francamente,
por qué, no viniendo á cuento,
se emplea la voz *talento*,
para designar *tal ente*.

LA APUESTA

I

Un día, el viejo monarca de los Gnomos me dijo:

—Pagado estás, ¡oh, poeta! del carmín que bulle en los labios de tu amada; mas, si quieres hacer una apuesta, te convencerás de que un rubí de mi corona humillaría el rojo de ese carmín.

—¿Y qué apostaríamos, señor?

—Mi espada de combate que ostenta por empuñadura un solo diamante, extraído de mis dominios de Golconda; mi lecho de amores donde recibo á la Luna, tallado en una amatista, y mi carro de topacio, que en irradiaciones vence al sol.

—¿Y cuál de mis tesoros exiges ¡oh poderoso monarca! para compensar el valor de tu apuesta? ¿Quieres el velo impalpable de mi musa; ó bien, el ritmo arrullador de mis estrofas que hace palpitar de amor el corazón de las vírgenes; ó la copa de oro en que los sueños me escancian la bebida inmortal que ahuyenta la tristeza?

—No, poeta, guárdate esas miserias indignas de mi cetro y mi corona. Yo tengo por velo el manto de la tierra cuajado de pedrerías; por estrofa, el ritmo atronador de los torrentes, y son los volcanes mi inmensa copa, donde bebo el licor de llamas que enciende mi sangre y ahuyenta mis tristezas. Quiero...

—¡Habla! cualquiera que sea el tesoro que me exijas, queda aceptada la apuesta.

—Pues... tu amada misma.

—Mucho pides, señor, y no alcanzarían las riquezas todas de tus arcas subterráneas á compensar el más leve átomo del tesoro que me exiges; pero, la apuesta está hecha.

II

¡Ay! Era muy hermoso aquel rubí formado de gotas de sangre, arrancadas á la frente del infeliz obrero por el trabajo abrumador de las minas. Y razón tenía el viejo monarca de los Gnomos para mostrarse tan orgulloso de la roja, brillante luz que irradiaban las mil facetas de la preciosa piedra.

¿Fué la timidez, la emoción de la apuesta, ó fué el amor? No lo sé. ¡Ay! lo cierto era que mi amada aquel día estaba temblorosa y pálida como nunca, y que sus labios, en vez de flor de granado, parecían pétalos de magnolia. Perdida estaba para siempre, y en vano la infeliz se debatía llorosa y suplicante. El viejo Gnomo la reclamaba con acento que su repugnante pasión hacía más odioso.

Trastornado de rabia é impotencia, me arrojé á ella, y en un beso de amor supremo le expresé mi infinito dolor y mis angustias infinitas.

Y el viejo Gnomo prorrumpió en un grito, grito horrible de desesperación y cólera, y huyó despavorido á su caverna.

Mi beso nos había salvado, caldeando con su fuego los labios de mi amada, que aparecieron más que nunca rojos y lucientes!

FABIO F. FIALLO.

Santo Domingo, 1895.

ROSAS Y ABROJOS

—¡Qué noche aquella! en los rojos
labios de Flérida oí
la palabra *¡tuya!* y ví
llamas de amor en sus ojos.
Rosas ayer... ¡hoy abrojos!
no hay pena como la mía...
—¿Acaso la infiel mentía?
¿fué su amor vano capricho?
—¡No, no es eso!... ¡es que me ha dicho
que me quiere todavía!

CASIMIRO PRIETO.



RITMOS

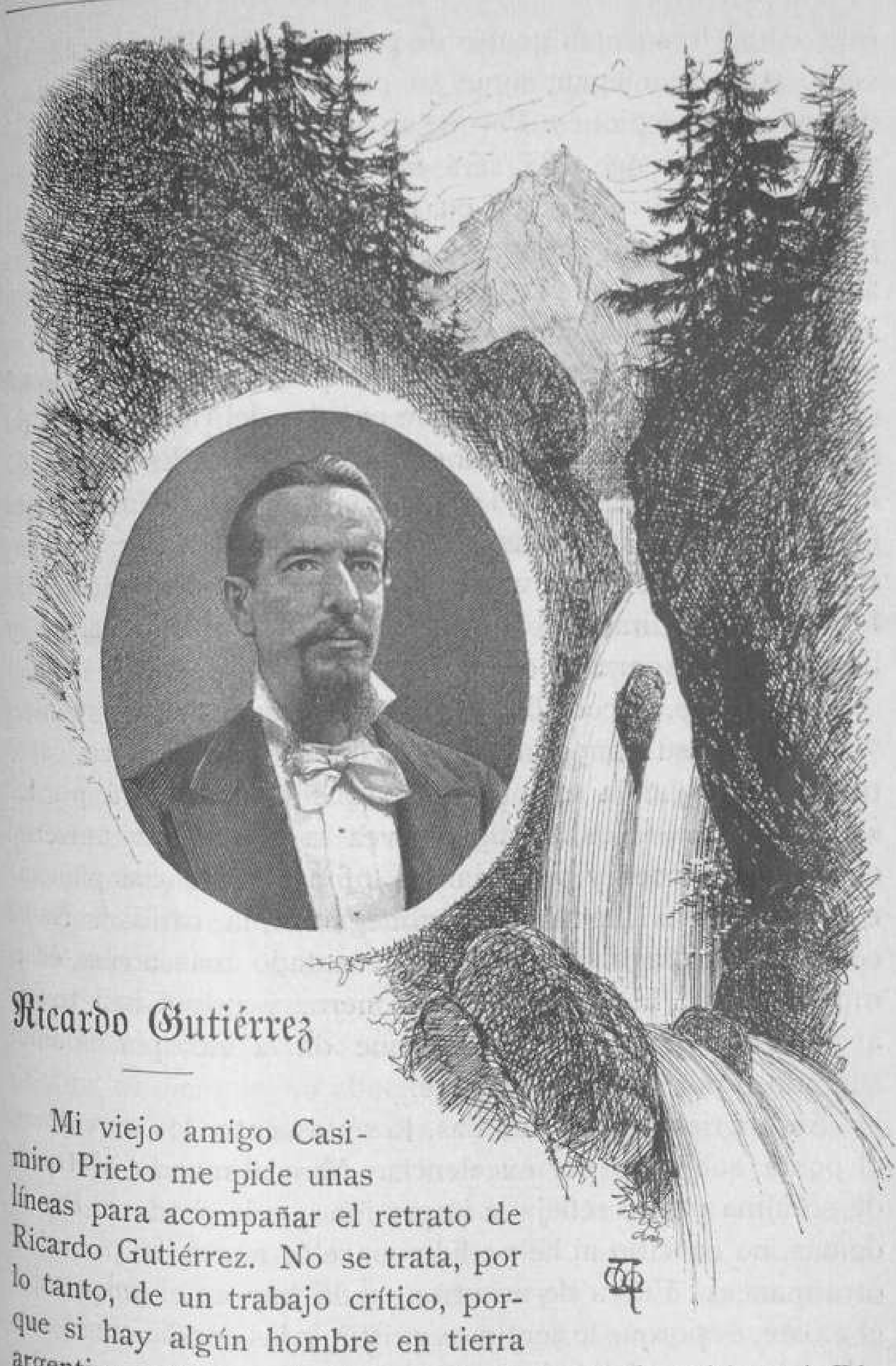
(PARA EL ÁLBUM DE VIRGINIA AMBROGI)

Una noche feliz, en que la luna,
toda envuelta en la túnica opalina
de vaporosa nube,
por el azul purísimo ascendía,
cual virgen desposada
que pudibunda, tímida,
al misterioso lecho
de la nupcial alcoba se encamina,
en el jardín, que al soplo fecundante
de Mayo, florecía,
posado en la corola de una rosa,
cuyos pétalos rojos se entreabrían,
cual labios de mujer adolescente,
al aura de la risa,
Puck, mi amigo Puck, el duendecillo
vagabundo y travieso, me decía:
«Queda cumplido tu deseo, he visto

á la adorable niña,
que del país lejano
en que dichosa habita
para su álbum, precioso florilegio,
una flor de tu musa solicita.
Asomada esta tarde en la ventana
miraba, pensativa,
el sol, que desde ocaso,
como mágico artista,
por el azul profundo derramaba
de su paleta las rojizas tintas.
Yo, oculto en el alero,
absorto la veía.
¡Qué hermosa estaba la gentil doncella,
la virgen pensativa,
con su níveo corpiño, que escorzaba
sus formas exquisitas;
con su sedeña cabellera obscura
sobre la airosa espalda descogida:
con su edénica boca,
al beso ardiente del amor propicia;
con su cutis moreno y transparente
como la tenue sombra vespertina,
y con sus ojos negros,
do irradian las pupilas
cual dos vívidos astros desde el fondo
del cielo en noche lóbrega y tranquila!
Todo en ella es hechizo subyugante.
Te juro, á fe de Puck, que no es más linda
la esposa de Oberón, ni más hermosa
la blanca, rubia y triunfadora Cipria.»
Calló Puck; de la rosa dirigióse
á un boscaje de lilas;
mientras que yo, meditabundo, triste,
y con la mente fija,
al través de la niebla del ensueño,
en vagas, ideales lejanías,
quedé envidiando al vagabundo duende,
que en el país que habitas,
una tarde te viera en la ventana
mirando, pensativa,
el sol, que desde ocaso,
como mágico artista,
por el azul profundo derramaba
de su paleta las rojizas tintas.

Darío Herrera.

Panamá.



Ricardo Gutiérrez

Mi viejo amigo Casimiro Prieto me pide unas líneas para acompañar el retrato de Ricardo Gutiérrez. No se trata, por lo tanto, de un trabajo crítico, porque si hay algún hombre en tierra argentina que sea absolutamente incapaz de criticar á Ricardo Gutiérrez, es el que esto escribe. No he tenido con el poeta, desde que abrí los ojos del espíritu, sino relaciones de admiración y cariño; y quiero, al cerrarlos sobre la escena del mundo, llevar su recuerdo en el alma, por si

ésta, como lo afirman gentes de peso, con tan buenas razones como otras lo niegan, sigue su peregrinación por nuevas y desconocidas regiones. Porque si, en efecto, algo de nosotros sobrevive, creo que *allá* será más grato recordar que sobre esta gota de barro perdida en el vacío, amamos las artes, la poesía y los nobles caracteres, que memorar con tristeza los ásperos afanes en que se consumió nuestra actividad, en míseros postulados de riqueza y poderío.

Creo que la primera música de palabras que acarició mi oído, el primer pensamiento que en alas del ritmo llegó á mi inteligencia, fueron los sonoros, llenos y viriles versos de Ricardo Gutiérrez. Sus «lágrimas,» quejidos intensos sobre las desventuras humanas, gritos de infinito amor para los desheredados de la tierra, herían mi imaginación en su severa forma bíblica, iracundos á veces como salmos, amargos y llenos de desesperanza como una lamentación.

Más tarde, el corazón del poeta se engrandeció, y conservando toda su simpatía por los dolores de la raza, cantó también lo que la ennoblece, lo que la enaltecerá por los siglos de los siglos, si alguna vez la conciencia universal alcanza á conocer y á juzgar las ínfimas existencias planetarias, esto es, el heroísmo, la abnegación, la caridad. Nadie como él, en ninguna lengua, ha levantado más arriba, en el mundo moral, la figura del misionero, y pocos han tenido acentos más generosos para el que da la vida por un amor sagrado ó por una idea sublime.

Su lira tiene pocas cuerdas, lo sé; es, entre los argentinos, el poeta subjetivo por excelencia. Mira al mundo al través de su alma y sólo refleja la impresión que le produce. Por lo demás, no concibo ni he podido concebir nunca la poesía de otra manera. Fuera de nosotros, nada hay en el universo; si él existe, es porque le sentimos existir, y las condiciones generales de su modalidad no se caracterizan sino por nuestro modo de percibirlas. La naturaleza, en sus múltiples aspectos; el mundo moral, más hondo y variable que el Océano; las ideas madres, como las llamaría Gœthe, la especulación, la esperanza, la duda y la fe, todo viene al fin á concentrarse

en el alma del hombre. Es cuando esa alma es luminosa y sonora, que atrae, llama y seduce á las almas opacas que sufren en la sombra y el silencio y que escuchan la voz de oro, con el vago instinto de que el verso del poeta es el quejido de la raza entera...

Después de aquella gloriosa generación que nos legó una patria libre é independiente y cuyos altos representantes murieron casi todos en el destierro ó la miseria; después de la que la sucedió en el orden intelectual, de ese espléndido núcleo al que pertenecieron Sarmiento, López, Echevarría, Gutiérrez, Vélez, Frías y tantos otros, se coloca naturalmente la generación de que forma parte Ricardo Gutiérrez y en cuyas filas mirábamos con orgullo á hombres como Goyena, Estrada, Andrade, Encina, Gallo, desaparecidos en pleno vigor y en plena esperanza y de la que aún nos quedan hombres del valor de Pellegrini y del Valle. ¿Por qué Ricardo Gutiérrez, entre las mil sendas abiertas á su actividad, eligió, al salir del claustro universitario, la ciencia médica? Vago instinto de su alma que le empujó á la sola profesión en que el ideal puede coexistir con la realidad; fué más lejos aún y se encerró, como en un círculo de oro, en la más noble de las especialidades humanas, aquella en que la ciencia es nada si el corazón no la ilumina: Ricardo fué el médico de los niños. Concluída su carrera fuése á Europa ávido de saber, y sólo volvió cuando tuvo conciencia de sí mismo. Ante su palabra, su ejemplo, su abnegación, la caridad hizo un milagro, y hoy el hospital de niños de Buenos Aires es un título de honor para nuestra tierra.

Así, entre la admiración de todos los espíritus y la bendición de todas las madres, corre su vida silenciosa y augusta. Los que le amamos, le vemos rara vez; pero en los duros momentos de la vorágine que nos arrastra, más de una pensamos en la serena existencia del poeta, tan alta y noble en su doble aspecto, que no parece una vida humana.

MIGUEL CANÉ.

Julio de 1895.

LA ORACIÓN

Oye la voz con que á los cielos llama
el universo que en la tarde gime,
y alza al Creador sublime
la oración que en tu labio se derrama:
siente la estrofa que la mar murmura,
contempla el sol que su corona humilla,
oh mortal criatura,
y dobla sobre el polvo la rodilla!

Madre Naturaleza,
¡cómo se templa enternecida el alma
en tu hora de calma
al eco universal de tu tristeza!
¡Cómo en el hondo anhelo
que el inmortal espíritu remueve
en tu misterio la esperanza bebe
la majestad que le sublima al cielo!

Todo en la tarde á la oración levanta,
todo en el alma universal se anida,
y la creación en éxtasis caída
como arpa eólea su plegaria canta!

Rueda la mar sus gigantescas olas
con manso y perezoso movimiento
hasta el desierto de las playas solas
donde dormita el viento:
el último crepúsculo que baña
con el color de fúnebre desmayo
la inmensidad del infinito ambiente,
apaga el tornasol de la montaña
que levanta la frente
para mirar el rayo, último rayo,
del sol que se derrumba al occidente!

El desierto sereno
tiembla al paso del bruto, que se abriga
entre la selva amiga,
de extraño afán y mansedumbre lleno:
el bosque bullicioso
repliega en el silencio su follaje
sobre el ave salvaje
y el pájaro medroso;
y como un alma tímida y errante
la sombra sale que en la selva espía

el último crepúsculo del día
para tender su ala vacilante.

¡Soledad, soledad! sobre tu mundo
cruza veloz la brisa pasajera,
leve como el aliento estremecido
que arranca el estertor al moribundo:
parece que dijera
«¡silencio!» á la creación con su gemido.
Entonces en la bóveda azulada
abre como las flores el lucero
y allá, sobre su límpida mirada,
en el zenit del orbe,
vaga armonía suena
que el espíritu absorbe
y con sublime adoración le llena!

Alza la frente que la angustia vana
abisma en el infierno de tu duelo,
oh criatura humana,
y oye ese canto que te llama al cielo!

¡Oh tarde majestuosa,
cómo muestras á Dios en tu grandeza,
cómo brota la vida misteriosa
bajo tu aliento de inmortal tristeza!
En el eco lejano
habla una voz que al corazón halaga
como la voz del padre y del hermano,
y en el suspiro de la brisa vaga
que entre el cabello de la frente anida
su secreto murmullo,
¡oh! de la madre el cariñoso arrullo
parece hablar al alma conmovida!

Sobre la cuenca lóbrega retumba
el salvaje alarido del torrente
que cuelga en la pendiente
y al antro pavoroso se derrumba,
brama y se precipita,
su golpe tiembla en el abismo hueco,
y horrorizado el eco
se asoma á las vorágines y grita!

La hoja que se mueve
hace temblar el corazón con ella;
parece el rumor leve
de una sombra evocada,
y en la luz temblorosa de la estrella
hay alguien que nos manda una mirada.

Hay una planta que se tuerce y gime
y la piedad invoca
bajo el pie cauteloso que la oprime:
hay una rama que al pasar nos toca,
una tímida rama:
hay una flor que se abre con delicia
y su lluvia de pétalos derrama
bajo el ojo mortal que la acaricia:
en las quimeras de la errante sombra
se borra y se diseña
una pálida mano que hace seña
y un labio sonriente que nos nombra...
Sobre el mundo desierto
la soledad como un fantasma mira
y resucita y se estremece y gira
la vida de lo muerto!

¡Oh mortal criatura!
¿no siente á Dios la esencia de tu vida?
Es que en el alma universal fundida
aspira á Él tu alma con tristeza;
es que la majestad de la grandeza
el corazón inunda de ternura!

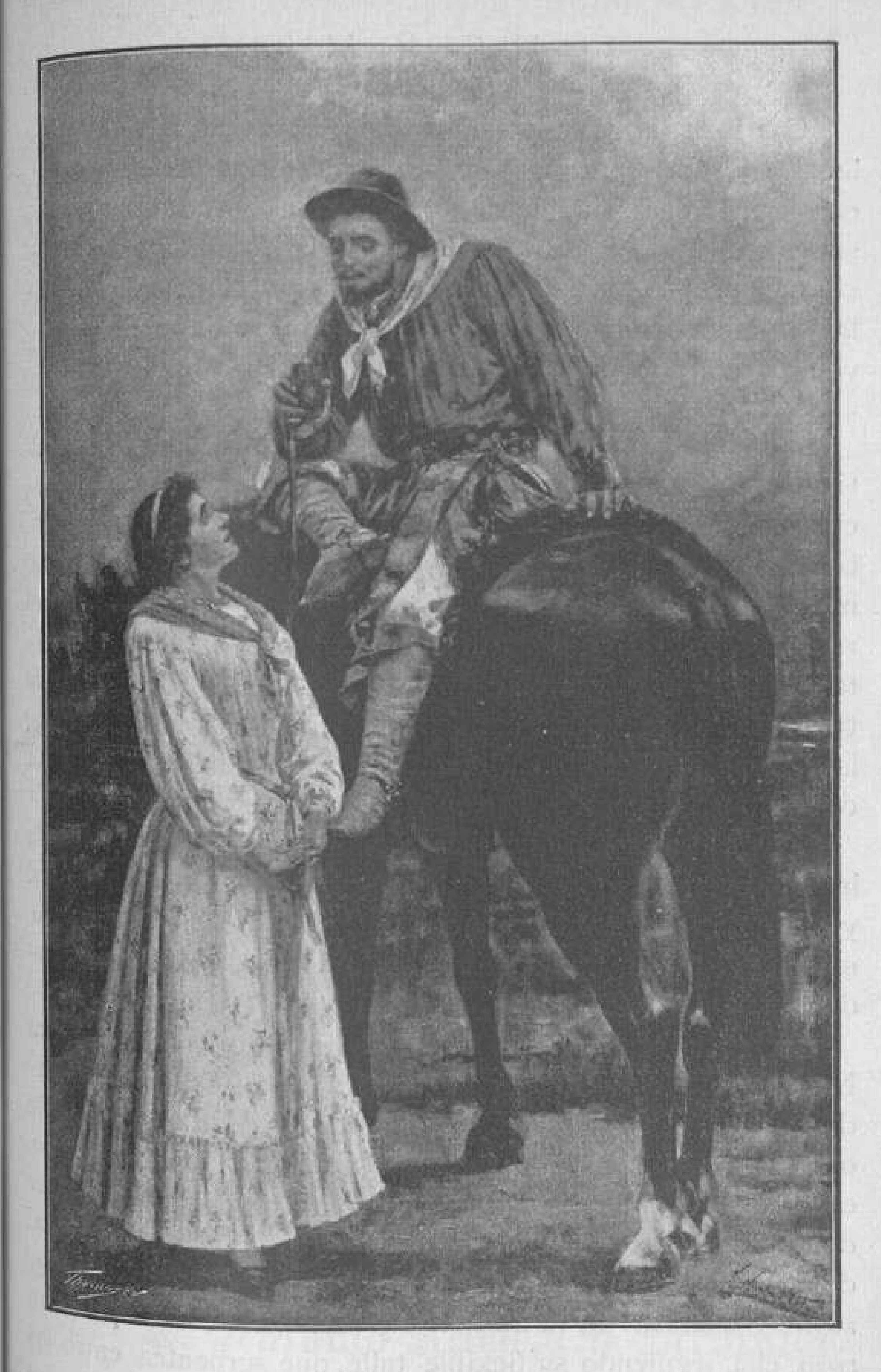
¡Oh tarde, tarde bella,
que vuelcas sobre el mundo el firmamento
en el fulgor de tu primer estrella,
tú me templas el alma solitaria:
siento en su seno una armonía, siento
como un ángel que llora!...
¡Oh Dios! es la plegaria
con que en la tarde la Creación te adora!

Ricardo Gutiérrez.

Buenos Aires.

EPIGRAMA

—¿Te acuerdas, esposa amada,
de aquellos versos de amores
que improvisé en la enramada,
y que escuchaste, abrasada
la tez en castos rubores?
Aunque me infundía aliento
tu mirada angelical,
¡cómo temblaba mi acento
al leerte mi madrigal!...
—¡Y cómo *silbaba* el viento!



EL ÚLTIMO MATE

Copia de un cuadro del reputado pintor español don Vicente Nicolau Cotanda

EL ÚLTIMO MATE

Cae la tarde, y en esa hora triste y poética, cuando el sol lanza sus postreros rayos y se esconde tras pequeña loma, enrojeciendo el tranquilo horizonte, en el que las negras siluetas de los animales se destacan vigorosamente, un silencio melancólico envuelve la inmensa pampa, bañada ya por las primeras tintas del crepúsculo, que acalla sus ruidos y vela poco á poco la luz que alegra el inmenso prado.

. . . .

Allá lejos... muy lejos, perdido en la vasta llanura, se distingue el frondoso *ombú*, el solitario de nuestras pampas cubriendo con su tupido ramaje el modesto *rancho*, y también allá lejos, en esa hora en que las sombras avanzan lentamente, se acrecienta el ambiente poético que envuelve el rústico albergue con las melancólicas armonías de una guitarra que hace gemir el enamorado *gaucho*, acompañando la triste *décima* que canta cariños del alma á la *china* hermosa, la cual escucha arrobada, mientras sus pupilas brillan al calor de tanto sentimiento...

Los cantares son querellas de amor que la linda criolla interrumpe invitando al rendido galán con sabrosos *mates*, y así, entre *estilos* y dulces coloquios, se desarrolla el idilio, mientras las primeras sombras de la noche empiezan á condensarse.

Entonces (y este es el momento que el distinguido pintor Nicolau Cotanda ha escogido para su bello cuadro, tratándolo de un modo admirable, con mucha verdad y saturándolo con esa extraña poesía que emana de nuestras pampas), entonces, repito, el gaucho, con paso tardío, se dirige al *palenque* donde ató su *flete*, y acariciándolo, lo monta con sin igual donaire; hasta allí le acompaña la *china*, ofreciéndole el *último mate*, y mientras él, entre sorbo y sorbo, la contempla amoroso, ella, irguiendo su flexible talle, que serpentea entre los pliegues del vestido, le abrasa con el fuego de sus negros ojos.

Tomás Otaegui.

Buenos Aires, Julio de 1895.



Dr. D. Antonio Atienza y Medrano

DISTINGUIDO LITERATO ESPAÑOL



BOEDROMION

A Y. M. LUCHICHI

¿Gemís?—¿No hallaron entre rojas piras
á través de las bárbaras saetas
claros laureles vuestras justas iras?
Coronados de adelfas los poetas
cantan fausto loor, digno de liras
hechas á celebrar triunfos de atletas!

—

La griega sangre que purpura el suelo
por la lucha convulso y escarbado,
es propicia á la patria y grata al cielo.
¡Gloria eterna al que ardiente y arrojado
se adelanta en la lid con noble anhelo
y en la primera fila es inmolado!

—

Por el que torna invicto, satisfecho
al dulce hogar, la admiración curiosa
sale á la puerta y se encarama al techo;
y bajo el casto peplo de la hermosa
virgen, el puro y culminante pecho
hincha y erige su botón de rosa!

—

Cejar, descolorida la mejilla,
turbia la vista y erizado el vello,
en la pugna viril, es gran mancilla.
¡Indeleble baldón pone vil sello
al que, cual manso buey, tiende y humilla
al tiránico yugo el dócil cuello!

—

El que al abrigo de cerrado muro
se quede atrás cuando la hueste fiera
parta en bélico alarde al trance duro;
y el que, sensual ó tímido, prefiera
al riesgo heróico el bienestar seguro,
¡viva de oprobio y de vergüenza muera!

—

¡No os lamentéis!—La combatida nave
«echa al airado mar todo un tesoro»
para salvarse en la tormenta grave.
¡Corred al templo en jubiloso coro,
y dejad sobre el dórico arquitrabe,
en honra al dios, las éjidas de oro!

Salvador Díaz Mirón.

Méjico.

DE SANGRE AZUL

—En noble cuna nací
¿y eterna pasión me jura
un... plebeyo? ¡qué locura
querer subir hasta mí!
¡Aún no sé cómo le oí
hablarme con tal ardor!
No es para galanteador
de su obscuro nacimiento,
tan *alta dama*...
—Pues siento
que no tenga usté *ascensor*.

Casimiro Prieto.

EL DUELO

No matarás.—(*El Decálogo*).

El pueblo hebreo se impuso á sí mismo este santo precepto, en nombre de Dios. Fué el único pueblo, en lo antiguo, que se elevara á tan alto nivel moral; su voz aún perdura en la conciencia humana, pero la sangre de Abel clama al cielo todavía.

En presencia de la civilización altísima que la humanidad ha alcanzado, sorprende que este resto de barbarie y de brutalidad primitiva mantenga sus raíces con tanto vigor en las costumbres, al punto de ser considerado como *dogma de honra*. Los griegos gentiles reconocían tanta belleza en la persona humana, que para no alterarla, ejecutaban á los condenados por la justicia con una copa de cicuta; y los estoicos romanos, por igual concepto, se picaban las venas en un baño tibio. Nosotros, los cristianos, á pesar de nuestras creencias elevadas y á pesar de pensar, con el Apóstol de las gentes, que el verdadero templo de Dios es el hombre, nos abrimos el cráneo ó las entrañas de un tajo ó de un balazo, creyendo en esto cumplir con Dios, con la sociedad y con nosotros.—¡Triple necedad!—¿Cómo podemos cumplir con Dios, si arrebatamos la vida de sus hijos, á Él, padre, y le quitamos el derecho de juzgar, á Él, juez? ¿Cómo podemos cumplir con la sociedad, si destruímos sus miembros, si atacamos sus intereses y sumimos en el infortunio á familias enteras? ¿Cómo podemos cumplir con nosotros, si nos manchamos con sangre y nos ponemos con nuestra propia mano el estigma oprobioso de *fratricida?*

Fuerza es pensar que esta bárbara preocupación descansa en un concepto también bárbaro.

En los antiguos tenía su disculpa esta costumbre por lo elevado de la idea que á ello presidía. Se creía que el duelo era un *juicio de Dios*, cuyo fallo el mismo Dios lo daba. Pero

nosotros no pensamos así. Nuestra religión, nuestra ciencia y nuestros conocimientos no consagran este extravío de la razón humana. Nuestra religión nos dice: *Ama á tu prójimo como á tí mismo.*—¿Y cómo podemos amarlo si lo destruímos?—Nuestra ciencia jurídica nos prescribe: *Jus suum cuique tribuere; alterum non lædere.* ¿Y cómo podemos reconocer su derecho y no dañarlo, si le matamos, si le quitamos la vida que tiene derecho á gozar y deber de conservar?

Hoy sabemos que el honor, que la gloria, que la verdad, que la moral están en no quebrantar las leyes divinas y santas de Dios. Como Juan Bautista Rousseau apostrofaba al suicida, también podemos hoy apostrofar al duelista, diciéndole con desprecio: «Filósofo de un día, fratricida, ¿dónde está tu hermano Abel?»

Un hombre ilustre, una honra viva de las letras argentinas que lloran las musas patrias, el doctor Lucio Vicente López, ha caído, en plena flor, al golpe de la barbarie de una preocupación social.

En presencia de este suceso lamentable y nefando, hagamos votos porque todo hombre quiebre sus armas como las quebró Emilio Girardin sobre el cadáver fresco de Armand Carrel.

FEDERICO TOBAL.

Buenos Aires, 1895.

MADRIGAL

Todo tiende á su fin: el manso río
va á sepultarse al piélago bravío;
el rayo tiende al imantado acero;
del rocío la gota cristalina
al tierno corazón de una violeta
ó al clavel hechicero;
la inspiración divina
á la ardorosa frente del poeta;
el águila del cielo
al nido tiende en la encumbrada roca;
y el beso de mi amor, con blando vuelo,
al nido tiende de tu dulce boca.

M. SÁNCHEZ PESQUERA.

Caracas.



AMORES DE LOCO

I

Insensible á la lisonja
que á las frívolas esponja
y seduce con su acento,
le dió por hacerse monja
y se encerró en un convento.
Llamábase Filomena,
y era su hermosura tanta,

que aun en sus ratos de vena
más de un poeta chirle canta
su blanca tez de azucena;
y sus cabellos, tesoro
de hechizos, que por decoro
soltaba su mano breve
sobre sus hombros de nieve
como regio manto de oro.
Por sus ojos celestiales
hubo lances personales
y crismas hechas añicos,
pues donde había dos chicos,
resultaban dos rivales.
Y sin conseguir jamás
lauros de amores terrenos,
quedaban, del lance tras,
uno con un ojo menos
y otro con un chirlo más.
Al sentirse requebrada,
la vista alzaba del suelo,
y, del pecado espantada,
su alma, puesta en su mirada,
se refugiaba en el cielo.
Y aunque al ver rigores tales
fácil era hacer pronósticos,
para las musas, fatales,
¡qué lluvia de madrigales...
y qué epidemia de acrósticos!
Fué el estrago tan completo,
que, según cuenta la fama,
hubo lector indiscreto
que tuvo que guardar cama
de resultas de un soneto.

II

Entre tanto adorador,
hay un loco desdichado
que, con sacrílego amor,
ni olvida ni ha renunciado
á la esposa del Señor.
—Verá usted, me dijo un día,
cómo Filomena es mía;
logre yo hablarla, y después...
le juro que antes de un mes
la llevo á la vicaría.
Ya casi la dicha toco

y mi júbilo no es poco...
—Por lo que escucho, malicio
que ha perdido usted el juicio,
dije, riendo, al pobre loco.
¿Cuándo unirse á ella podrá,
si es de Dios y le ama tanto?
Y el infeliz dijo:—¡Bah!
cuando enviude... que será
el próximo Viernes Santo.

CASIMIRO PRIETO.



BELLEZAS AMERICANAS





LA EGLANTINA

I

Con sus diez y seis años, rubia, con sus sonrojadas mejillas, Clara es linda como una primavera al nacer. Se apoya de codos sobre la ventana baja de la casa de ladrillo, que se levanta aislada al borde del agua, entre las temblorosas ramas de lilas pobladas de pájaros y bañadas por el sol. No piensa, no sueña, no sigue con la mirada á la golondrina que vuela, que torna y que desaparece; no escucha la corriente del río que se desliza.

Está allí, sin saber por qué, vagamente feliz en una inconsciencia que sonríe. En la ventana y en medio del paisaje, sin darse cuenta, completa el cuadro, agregándole una gracia, un encanto, un esplendor más; ignora que es adorable y es necesaria al delicioso conjunto de la mañana de primavera, como la rosa ignora que se entreabre, como la brisa ignora que murmura. En aquel rincón de la naturaleza,

formado por el artista invisible que combina los efectos de las auroras y las puestas del sol, completa, sin que nada la impulse ni se lo advierta, la belleza misteriosa.

De repente, mientras está asomada á la ventana, el viento le arrebata de sus cabellos una pequeña eglantina rosada, á la que está atada una cinta; lleva la flor, la deja caer en el río y se sonríe de su travesura. La eglantina con la cinta, que deja tras sí una fina estela, sigue la corriente del agua, entre los inclinados sauces, y una pintada mariposa, posándose sobre ella en un continuo aleteo, parte para un largo viaje.

II

Toda la noche, en una de las más pobres casas de la ciudad, un joven ha llorado, con los puños en las sienes, y



apoyados los codos en una pequeña mesa de madera en donde hay algunas cartas esparcidas.

La luces del alba que disipan las sombras del cielo no ahuyentan las tristezas de su corazón dolorido. El joven se levanta, va, viene, parándose á intervalos, ceñuda la frente, mordiéndose los labios. ¡Ella ya no le ama! Aquella encantadora niña, en quien él tenía cifradas todas sus alegrías, que le

hacía olvidar las miserias de la vida, ha partido para no volver más, ¡y ha partido con otro! — Después de tantas promesas tan llenas ¡ay! de ternuras; después de tantos besos embriagadores, jura á otro amor eterno y le ofrece sus labios humedecidos todavía por las recientes aventuras.

¡Oh, la infame! ¿Qué será ahora de él tan solo y sin esperanza? Las gentes ricas ó notables, que tienen los consuelos del lujo ó de la gloria, no deben sufrir tanto cuando los abandonan de repente aquellas á quienes adoraban.

Pero él, pobre, desconocido, sin amigos ni familia, ¿qué hará en las horas ociosas, y cuál será el mañana que le haga perder el amargo recuerdo del adorable ayer? Cuando piensa que no volverá á verla, que no la oirá, que todo ha concluído por completo, que nunca tornarán á resonar sus pasos en aquella pobre estancia, donde con ella penetraban las delicias y todas las sonrisas; cuando piensa que ella no se despertará ya por la mañana, entreabriendo los labios, como se entreabre la rosa, sobre la almohada de un angosto lecho, para siempre desierto, le asaltan los deseos de despedazar los muebles, de poner fuego á las cortinas y de morir bajo los escombros y las cenizas. Al menos no vivirá ni un instante más en la tan querida y odiosa estancia.

Empuja la puerta y sale atravesando la ciudad, todavía dormida. Mira las celosías cerradas. Golpea el suelo con el pie, se muerde los puños, se agita como el que huye. Llega á la orilla del río que, muy profundo, corre entre los inclinados sauces; pero ni el fresco rocío de la mañana, ni la alegría de las hierbas removidas por la corriente, ni el espacio iluminado por el sol, tranquilizan al pobre joven.

Medita por mucho tiempo con la vista fija en el agua. No puede separar sus miradas de la límpida superficie, plana como la losa de una tumba. ¡Morir! Este es el pensamiento que le asalta. ¡Sí, morir! Y ¿por qué no? — ¿Qué hará de la vida ahora?

Todos los hombres son malos, todas las mujeres son perversas. Toda dicha tiene por hermana gemela á la desilusión. No es cierto que existan ternuras eternas y lazos jamás rotos.

La felicidad que no ha de ser duradera, ¿vale la pena de ser deseada? ¡Para qué sonreir si habrá que llorar! ¡Ah! ¡Esa vida es espantosa, y cuánto mejor es la muerte! No cree ya en las tiernas palabras; detesta los apretones de manos bajo las enramadas de noche, maldice los besos de todos los labios. Ya no vacila: ¡morirá! Sí, allí, en las profundidades del agua, hallará eterno reposo, y el olvido de las traiciones y los recuerdos. ¡Cuán grato debe ser dormir sin malos sueños! Justamente la hora es propicia.

Está solo junto á la ribera. Se inclina después de un sacudimiento de hombros como despreciando la vida, se inclina una vez más; va á lanzarse en el cristalino río, acariciado por la luz en la verde tumba, iluminada por los rayos del sol. Pero ¿qué es aquello que ve allí, á flor de agua, cerca de él? Es una eglantina, á la cual se anuda una cinta rosada que deja fina estela, y sobre ella una mariposa que viaja en un continuo sacudimiento de alas.

III

No se ha arrojado al agua. Ha cogido la flor á su paso, la flor y la cinta, y ahora se encamina á lo largo del río, mirando la eglantina con melancolía. ¿Por qué? No lo sabe; la contempla y á veces la besa.

¿De dónde puede venir esa flor? ¿De qué cabeza, de qué talle ha caído? A él le parece que ha estado allí expresamente para recordarle que la vida no es tan amarga, y que el hombre no debe, por razón de una picadura en el dedo ó en el corazón, dejarse abatir por las rosas ó por las mujeres. No se ha atrevido á morir en el agua por donde ella pasaba. Pero este enternecimiento dura poco. Rehusa la idea de vivir. La ira y las angustias le asaltan con más violencia. Aquella flor miente como las bocas. Y con un gesto que dice adiós á todas las miserias, á todos los perjurios, á todas las desesperaciones, se inclina de nuevo hacia el río. Está completamente resuelto. Ahora, nada le detiene. Va á lanzarse ya.

—¡Ah, mi flor y mi cinta! dice una vocecita parecida á una nota lanzada por un pajarillo.

El joven retrocede, ve en la ventana baja de una casa de ladrillo, entre la espesura de grandes lilas, reclinada una niña linda como la primavera, con sus diez y seis años, rubia la cabeza, frescas y sonrosadas las mejillas.

—¿Esta flor es vuestra, señorita?

Y porque al devolvérsela ha rozado con su mano los temblorosos dedos de la doncella, siente que su corazón sigue la flor y se posa sobre ella, en un estremecimiento, como una mariposa que parte para un largo viaje.

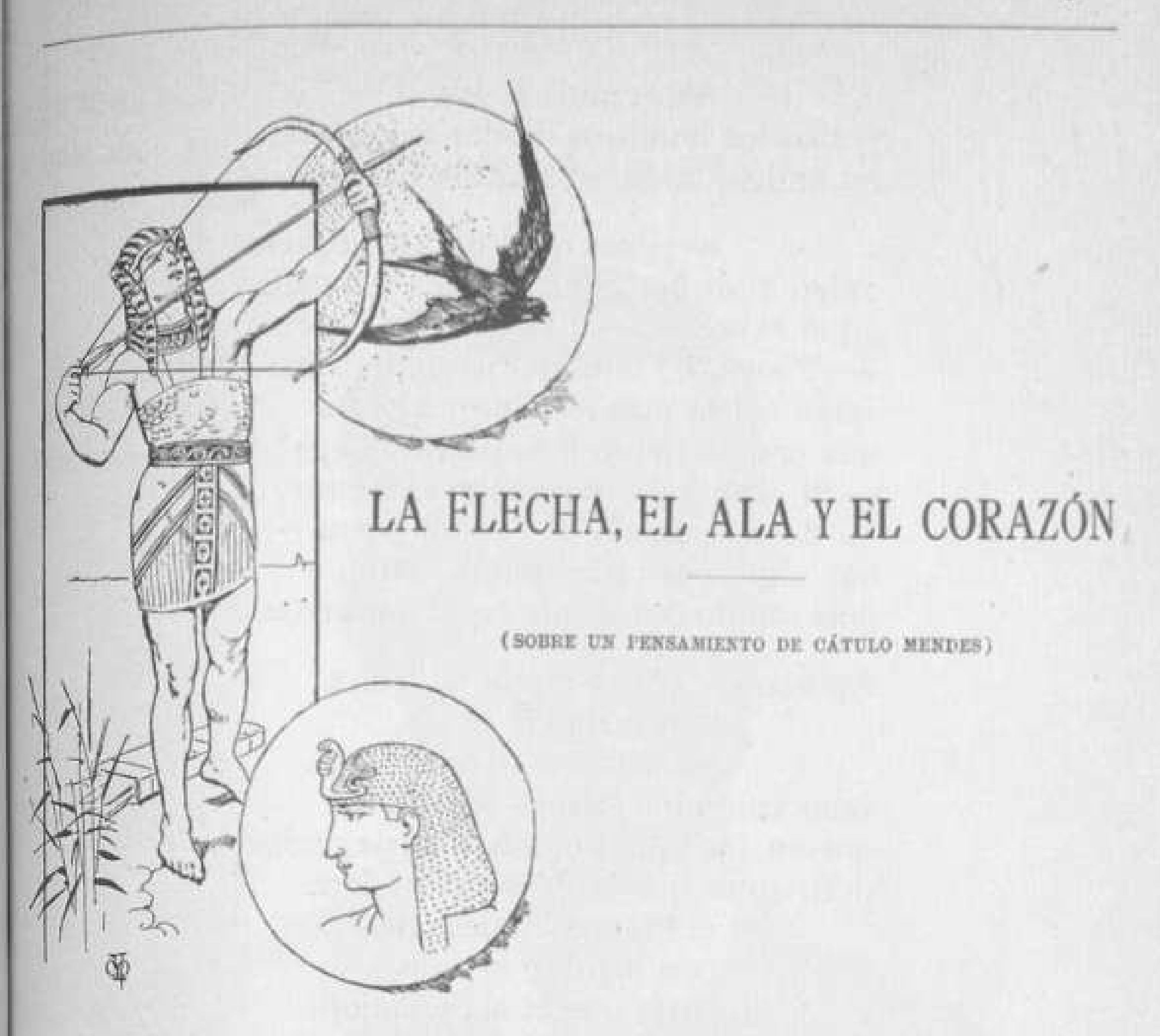
CÁTULO MENDES.



UN CUADRO

—Calcule usted mis enojos
cuando, al entrar de improviso,
contemplo al bello Narciso
ante mi mujer, de hinojos.
Echando llamas los ojos
y presa en tan dulce red,
la infiel estaba á merced
del que mi honra así manchara...
—¡Magnífico *cuadro!*...
—¡Para
colgarlo... de la pared!

CASIMIRO PRIETO.



LA FLECHA, EL ALA Y EL CORAZÓN

(SOBRE UN PENSAMIENTO DE CÁTULO MENDES)

Tuvo una apuesta mi hechicera amiga,
la de gentil belleza;
es una apuesta extraña
que la ingrata ganó. Nada mitiga
desde entonces la fúnebre tristeza
que tenaz por doquiera me acompaña.

Un arquero decía: — En este mundo
nada existe más raudo que mi flecha:
en menos de un segundo
atraviesa el espacio velozmente
y al blanco llega rápida, derecha.
¿Hay algo, por ventura, más ligero? —
Así dijo el arquero
y mi amiga sonrióse alegremente.

Dijo una golondrina: — Bajo el cielo,
bajo ese cielo de un azul profundo,
donde el astro fulgura
brillante, envuelto en luminosas galas,
nada iguala á mi vuelo,
al vuelo raudo de mis negras alas
que atraviesan en menos de un segundo
de un extremo hasta el otro la llanura. —

Así repuso el ave,
y alzó los hombros desdeñosa, grave,
mi amiga, la de espléndida hermosura.

—¡Pues qué! dijo el arquero,
¿algo á mi flecha en rapidez se iguala?
¿qué existe que mi flecha más ligero?
—¡Pues qué! también la golondrina agrega,
¿algo existe más rápido que el ala
que con el viento á su destino llega?
—Sí, respondió mi amiga sonriente,
mi dulce amiga—sueño del poeta—
hay algo más veloz que la saeta,
más rápido que el ala en el ambiente.

Apostaron. Partió rauda la flecha,
partió rápida el ala,
veloz como la bala,
veloz como los vientos silbadores
que en las ramas entonan triste endecha;
pero antes que la flecha vibradora
el blanco hubiese herido
con lúgubre silbido,
y mucho antes que el ala voladora
rozara sin esfuerzo ni fatiga
de la pradera las fragantes flores,
el corazón de mi hechicera amiga
volado había en pos de otros amores.

CARLOS ORTIZ.

Buenos Aires, 1895.

AXIOMA

El que quiera conocer
los misterios del Creador
tiene en el mundo que ser
astrólogo indagador.
Porque en el mundo, á mi ver,
todo gira en derredor
de un astro, que es la mujer,
de un cielo, que es el amor.

AURELIANO RUIZ.

Nueva York.

NUESTROS COLABORADORES



Sr. D. Abrahán Z. López Penha

DISTINGUIDO POETA COLOMBIANO

ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA

El clasicismo era de una sola pieza. Cuando se le arrojó del Parnaso abajo, quedó sepultado, pero no estalló. No así el romanticismo, ese precioso kaleidoscopio con que jugaron los genios, y que al hacerse pedazos desparramáronse sus mágicas joyas. Acudió al destrozo el arte, recogió las migajas de iris, y de cada una de ellas hizo un regalo á las nuevas sectas decadentes. Simbolistas, parnasianos, coloristas, místicos, impresionistas, todos tuvieron su pedacito de maravilla en que va contenida la belleza. El naturalismo no quiso entrar en el reparto. Le bastaba su diamante blanco, á través del cual busca la verdad.

La juventud americana se ha prendado de los primores nuevos, de los prodigiosos juegos de luz y color que el moderno arte ha ingeniado, y he ahí que ninguna época literaria ha despertado tan grandes entusiasmos ni fecundado tantos talentos como la presente época eminentemente liberal, sublimemente anárquica, en que el pensamiento, con atrevimientos y rebeldías que habrían llenado de pasmo á los menos asustadizos conservadores del extinto clasicismo, destroza los yesos de las antiguas formas y crea nuevos modelos; insurrecciona las cláusulas del discurso y los ritmos del verso; les da á beber champagne y pólvora á los vocablos para que saquen de la lengua nuevos y más vigorosos acentos, y en suma, declara que si la ciencia es la Revolución, el arte es la Reforma.

A esa juventud entusiasta y poderosa pertenece el escritor y poeta que nos inspira las presentes líneas. Abrahán Z. López Penha vió la luz primera en la isla holandesa de Curazao y es de raza israelita, de aquella raza patriarcal que al mundo dió poetas excelsos, cuyos cantos sublimes tienen como ninguna otra poesía humana el simbolismo profético

que los hace inmortales. El idioma que en la cuna aprendió este joven americano no fué el de Castilla, que ahora labra con tanta gracia y primor, y que por un efecto atávico brotó en sus labios á poco de haberse puesto en contacto con la raza de amplio espíritu que España dejó en América. Los ascendientes de López Penha fueron de aquellos laboriosos hijos de Israel que con el sudor de sus frentes hicieron fértil y rica la tierra española, y que al regarla con las lágrimas de su forzosa despedida de proscritos la dejaron estéril.

López Penha es un temperamento esencialmente artístico y su educación literaria la ha hecho adorando el genio francés, descubierta la noble frente bajo la lluvia de oro y pedrería en que se desgaja la nube azul que sobre París se cierne. Su verso es rico, primoroso y sensual; su prosa brillante y prismática. Como Gómez Carrillo en un principio, se le ve allegarse á los tesoros que encierra la gruta encantada del Sena, y ya le seducen las preciosas esmeraldas, ya los topacios con áurea luz, ya los rubíes encendidos, sin acertar con cuál de aquellas riquezas ha de formar al fin su propio caudal; pero quien observe con atención las obras de López Penha, podrá advertir, como á nosotros nos ha sucedido, que el joven literato, con altivez muy laudable, rehuye la limitada órbita del satelitismo y busca girar en la exclusiva y libre de la espontaneidad. Con talento, juventud y ambición se va muy lejos, si el estudio es discreto y si no se esteriliza el alma, dejando morir en ella el ideal.

Abrahán Z. López Penha ha fundado en Barranquilla una preciosa publicación de literatura que lleva por título *Revista Azul*; y sabemos que en París se edita en estos momentos un libro suyo de prosa y verso que ha intitulado *Cromos*, el cual habrá de contribuir, no lo dudamos, á acrecentar la estima en que á su autor se tiene como uno de los vigorosos talentos que vienen á continuar con prestigio la edificación del gran monumento de las modernas letras americanas.

N. Bolet Peraza.

Nueva York, 1895.



NIMBO

Á APELES MESTRES

Es la inmortal pasión que me enardece
cual flor maravillosa que, nutrida
con la savia del áspero terruño
y cercada de breñas y de espinas,
eterna desposada de la aurora,
jamás las glorias de la luz olvida
y por siempre sujeta al agrio suelo,
mezcla su aroma al céfiro del cielo.

—

¡Oh, virgen eucarística, la blanca
de mis noches de azur! ¡Cómo eres bella!
En tí la realidad ¡cuál se ennoblece!
exúltase la forma, y á la esencia
de tu hermosura corporal añade
más ritmo y mayor suma de belleza,
el milagro de luz de tu alma pura
que la carne idealiza y transfigura...

—

En los blondos ensueños de mis noches
vi flotar como un nimbo de hermosura
sagrada y divinal, que deshacía
del alma las recónditas negruras.
Halléme envuelto en resplandores de ortos,
é hirióme el corazón secreta música
que de esa luz brotara, y su armonía
mis lúcidos sentidos suspendía.

—

Y adiviné tu rostro y la blancura
de tu espíritu-luz, ¡oh, dulce Amada!
y el calor de los besos ideales
que regia y compasiva me enviabas,
en corriente vital se trasfundía
por mis nervios y arterias, y en la alada
noche nupcial bendita y misteriosa,
mi alma en tí floreció como una rosa.

ABRAHÁN Z. LÓPEZ-PENHA.

Barranquilla, Mayo 1894.

Apólogo clásico-romántico

POR

APELES MESTRES



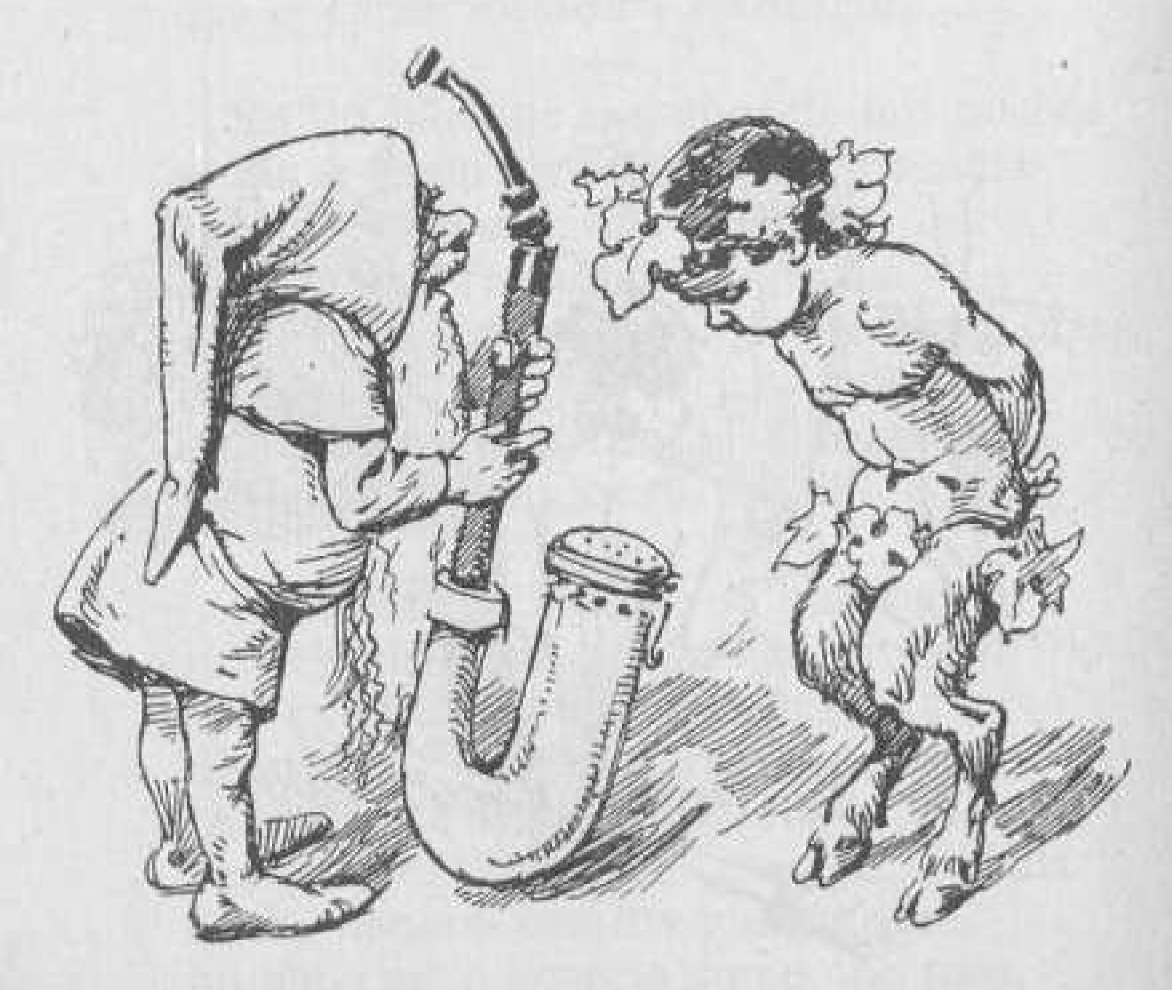
Deseando ver nuevos horizontes, un Satirillo travieso abandona los asoleados viñedos de la Magna Grecia.



Y no sin cierta emoción se detiene en las brumosas selvas de la Germania.



En donde el bullicioso morador del país del Sol da de manos á boca con el Gnomo, grave morador de los bosques del Norte.



Repuestos el Gnomo y el Sátiro de la natural sorpresa, el primero obsequia á su huésped ofreciéndole su pipa.



Y mientras piensa maliciosamente: «¡Ya verás la pítima que te llevas!» el Satirillo empieza á tomarle gusto al humo.



Y vencido el primer mareo, siente en las nubes que le envuelven una voluptuosidad desconocida.



Voluptuosidad que le sume en el más profundo y patético de los sueños.



Y altamente agradecido se despide del Gnomo, invitándole á que vaya á verle en sus viñedos y á regalarse con sus mostos.



Aburrido un día el Gnomo de las brumas de su patria, se decide á darse un atracón de sol y á devolver de paso la visita á su huésped.



Grande fué la alegría de uno y otro al encontrarse un día en plenos viñedos de la Grecia.



Y con la mejor gracia del mundo ofrecióle el Satirillo una copa del ardiente y purísimo vino griego.



«¡Ahora me vas á pagar la pítima que me hiciste coger!» piensa el hijo del Sol, mientras el hijo de las brumas acerca los labios al licor para él desconocido.



Y el Gnomo se siente remozado; por primera vez siente hervir su sangre y como si los rayos del mismo Sol se deslizaran por los más recónditos senos de su cerebro...



hasta sumirle en un sueño encantador, luminoso, olímpico.



Al despertar abrazó á su huésped y le pagó con lágrimas de agradecimiento los goces que le había revelado.



Y de entonces acá, deleitándose el hijo del Sol con la misteriosa humareda septentrional, y el hijo del Norte con el cálido néctar del Mediodía, han sellado la más fecunda de las amistades.

A MI PATRIA

¡España, España! bendecido nombre
que mágico resuena en mis oídos
como resuena al espirar el hombre
la voz de sus recuerdos más queridos.
¡España idolatrada! no te asombre
este doliente son de mis gemidos,
que lejos de tu suelo, patria mía,
ni el cielo tiene azul ni luz el día.

Yo ví desde las playas españolas,
dorada por el sol en lontananza
y allá, detrás de las gigantes olas,
la dulce realidad de mi esperanza;
quise alcanzarla navegando á solas,
ya en revuelta tormenta ó ya en bonanza,
y en alas de engañoso desvarío
tendí mi vuelo sobre el mar bravío.

Iba buscando el bien que ambicionaba
de la ilusión cegado por el velo,
iba buscando el bien y atrás quedaba,
en los jardines de mi patrio suelo;
la dicha que en su seno disfrutaba
sólo al perderla la aprecié en mi anhelo,
que siempre el hombre trueca, torpe y vano,
por el lejano mal el bien cercano.

¡Ah! los halagos de mujer hermosa,
la feliz inquietud de los amores,
hogar tranquilo, hermana cariñosa,
fiestas, amigos, pájaros y flores,
y la tumba también donde reposa
una madre á quien llamo en mis dolores,
¡todo! fué abandonado por un suelo
sin flores, sin amor, sin luz, sin cielo.

Suelo infecundo, sí, por más que abrigo
le preste al extranjero que quisiera
á cada paso hallar mudo testigo
de la fugaz infancia placentera;
si en él no vive su primer amigo
ni recogió su lágrima primera,

aunque de flores véale cubierto
es para el corazón campo desierto.

—

No suena lejos de la patria amada
tan armonioso el mundanal rüido,
ni tiene tanta luz una alborada
ni voz tan dulce el pájaro en su nido;
mata el dolor con furia exagerada
y el placer no es siquiera apetecido...
¡Oh, España idolatrada! ¡España, España!
¡hasta el placer es triste en tierra extraña!

—

Patria querida, cuyo nombre encierra
el recuerdo de todos los amores,
¡ay! recuerdo que al ánima se aferra
y es el mayor dolor de los dolores,
al adorarte así en lejana tierra
amo en tí á mi pasado, á mis mayores,
á mis amigos, á la madre mía,
á cuanto adoro y adoré algún día.

—

¿Y quién puede olvidarte? ¿quién no ama,
si ha tenido una madre cariñosa,
esa voz que parece que nos llama
á descansar al lado de su fosa?
¿Qué pecho de entusiasmo no se inflama
al oirte nombrar? ¡Patria dichosa!
¿cómo ha de haber para tu amor traidores
si el conjunto eres tú de los amores?

—

¡España! Esta palabra bendecida
allá en el fondo de mi alma suena,
cual música fugaz recién oída
que á un tiempo expresa amor, contento y pena;
conserva su recuerdo el alma herida
y entretiene el dolor que la envenena
repitiendo esa música que el viento
se llevó con suave movimiento.

—

Nombrar la patria en medio del destierro
es decir ¡libertad! al que amarrado
gime en estrechas cárceles de hierro;
es pensar en un sueño ya pasado,
es comprender el cometido yerro
después de estar al fuego condenado,
es muriendo mirar en lontananza
todo lo que se quiere y no se alcanza.

¡Oh, pensamiento mío! ¡con qué anhelo,
cruzando como ráfagas el orbe,
tiendes hacia la patria el raudo vuelo
sin que haya tierra ó mar que te lo estorbe!
¡y cómo al alma das triste consuelo
cuando el recuerdo de la patria absorbe!
¡Oh, pensamiento mío, quién pudiera
acompañarte en la veloz carrera!

—

Vuela, vuela á mi patria, pensamiento;
haz viviendo tú en ella que yo viva
mezclado en su confuso movimiento;
y que los besos de mi amor reciba,
y que escuche otra vez su dulce acento;
y mientras del dolor la copa liba
el alma enferma y triste, recordando
viva en mi patria y en mi amor soñando.

—

Mas ¡ay! el recordar es cosa triste
la ventura perdida; el bien perdido,
cuando de luto el corazón se viste
y nada queda ya de lo que ha sido;
si el pensamiento en recordar insiste
del alma arranca al fin hondo gemido,
y ¡ay! más valiera la pasada historia
no poder conservar en la memoria.

—

Pero no, porque entonces, patria mía,
si para tí muriera el pensamiento
este amor que te tengo moriría,
y forma él mi orgullo y mi contento;
amor que va en aumento cada día,
pues lo que al tiempo vence, va en aumento,
amor que en vano de apagar tratara
todo el inmenso mar que nos separa.

—

¿Olvidarme de tí? ¡Con qué amargura
pasaría esta vida transitoria!
Yo templo mi dolor con la lectura
del magnífico libro de tu historia.
Es ponderar tu fama mi ventura,
porque el que dice España dice gloria,
y nadie tener puede ni esperanzas
de alcanzar el renombre que tú alcanzas.

—

Déjale al corazón vivir contigo
aunque en tierras lejanas y escondidas,

y solo, de mis penas sin testigo,
deja que en mi dolor tenga dos vidas:
una la triste que en el mundo sigo,
otra la de ilusiones tan queridas;
déjame así vivir para que vaya
á ver de nuevo tu risueña playa.

—

¡Ay! ¿cuándo volveré, patria amorosa,
á mezclarme en tu ruido y tus placeres,
á ver el sol desde tu playa hermosa
y á visitar tus vírgenes mujeres?
Después de una existencia borrascosa,
seco ya el corazón, muertos los seres
á quienes adoré, mi síno austero
me hará en mi propia patria un extranjero.

—

Mas quiera el cielo y mi destino quiera
que sea el puerto de la patria amada
el término feliz de mi carrera;
y aunque allí el corazón no encuentre nada
de cuanto amó en el mundo, feliz muera
en la de mi niñez dulce morada,
y ¡ay! descanse por fin de mi agonía
durmiendo al lado de la madre mía.

F. López Benedito.

EL VIAJE ETERNO

Cuando la audaz y frágil carabela
que el genio guía de Colón divino,
en mar ignoto abriéndose camino,
tiende á los vientos la gallarda vela,

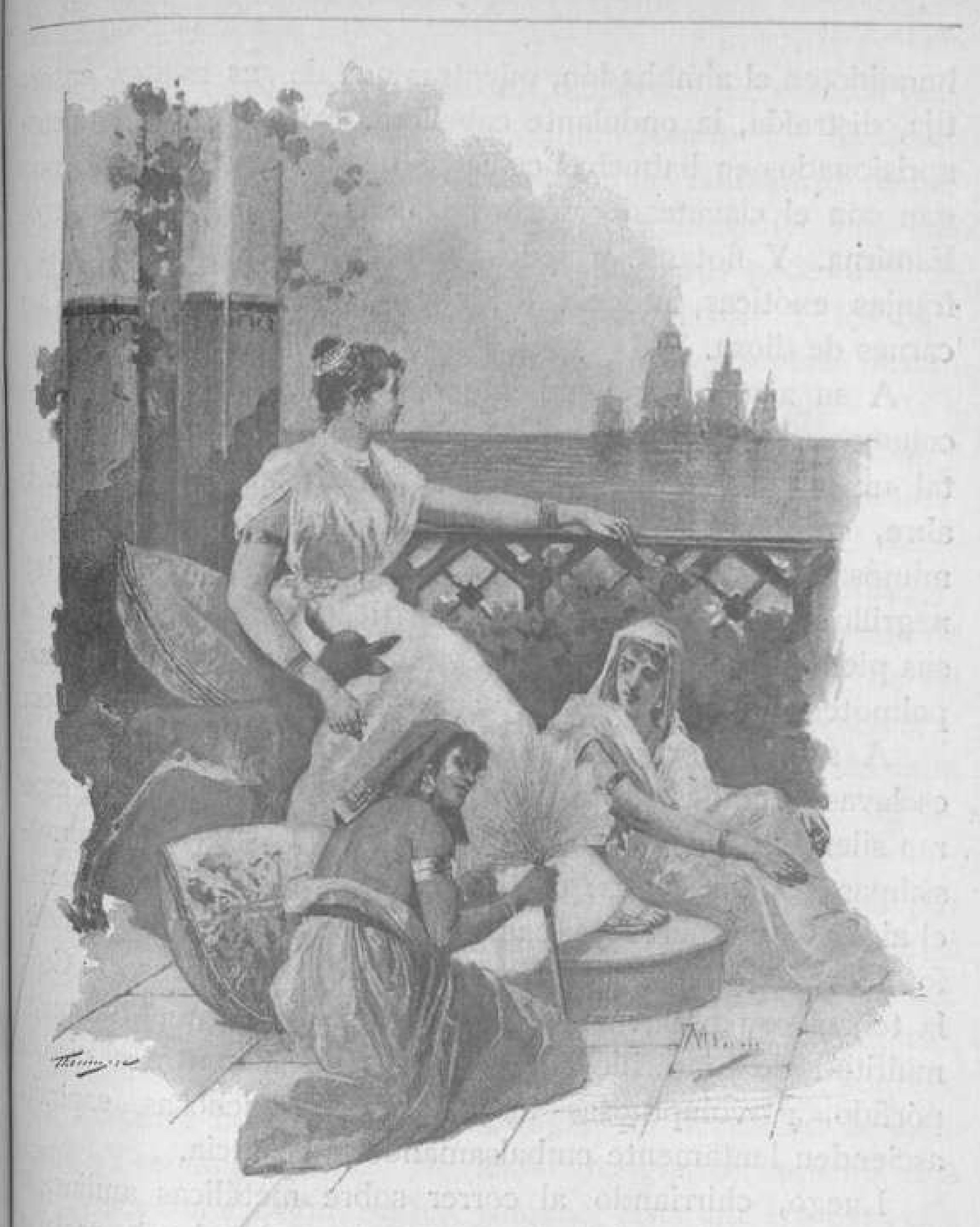
Vulgo mezquino de pavor se hiela,
recordando á aquel nauta peregrino
que, venciendo á los hombres y al destino,
marca ese Atlante la primera estela.

«¿Dónde á perderse va, dónde? decía,
en medio de la mar alborotada,
no hallará tierra en su tenaz porfía...»

Así cobarde arrédrase el impío
cuando penetra el alma afortunada
de la muerte en el piélago sombrío!

Domingo de Vivero.

Lima.



JUNTO AL NILO

Cleopatra, la bella, la reina del Egipto, rodeada de esclavas, da la última mano á su regio tocado. Desde el balcón de su palacio de recreo, gallarda y varonil, vese la flota romana. Marco Antonio llega en ella.

En la terraza, de intercolumnios de jaspe y balaustrada de mármol, reclinada en muelle triclinio y envuelta en el real manto, está la hermosa Cleopatra, el mórbido brazo

hundido en el almohadón, mientras una de sus manos ensortija, distraída, la ondulante cabellera. Sus pies, blandamente aprisionados en babuchas cuajadas de piedras preciosas, rasgan con el claveteado de oro la solicromática alfombra de Esmirna. Y flotante y sedosa túnica con orlas argentadas y franjas exóticas, modela los encantadores escorzos de sus carnes de diosa.

A su alcance, y pendiente del corolítico ábaco de una columna salomónica, se balancea á impulsos de la brisa floresta un grandioso abanico de plumas extrañas; Cleopatra lo abre, contemplando aburrida el bello paisaje. Su gacela, mimosa y ágil, penetra en la estancia, derriba dos ó tres negrillos y de un salto sube al triclinio, apelotonándose á sus pies; ella acaricia el suave y mullido pelaje del animal, palmotea su coposa cabeza y en un instante de locura la besa.

A su rededor reina sepulcral silencio. El enjambre de esclavas, sentadas sobre pieles, las cabezas inclinadas, esperan silenciosas las órdenes de su señora. Tres griegas hermosísimas, semidesnudas, destrenzadas las cabelleras, renuevan el aire con anchurosos abanicos, mientras la guardia nubia, fornida y hercúlea, pasea por los anchos corredores. A Cefis, la tebana, su esclava favorita, le hace un signo, y al punto multitud de braserillos tintinean al chocar contra el piso de pórfido, y voluptuosas azulinas en caprichosas espirales ascienden lentamente embalsamando la estancia.

Luego, chirriando al correr sobre metálicas anillas, se pliega una cortina, dejando ver un proscenio, donde esclavas egipcias, reclinadas sobre pieles, vestidas con albas túnicas, desnudo el torso y las sienes ceñidas por diademas, pulsan unas grandes arpas, con camaleones curvados, con cabezas de cariátides; otras, címbalos y flautas; mientras varias de pie, extendidos los brazos en actitud dramática y con voz suave, canturrean extrañas canciones impregnadas de melancolía. Aquella música parece apropiada para un país como el Egipto, donde todo se distingue por ese sello de monotonía que le dan sus graníticas construcciones, siempre las mismas, vaciadas en un molde común.

Al poco rato, otro signo de Cleopatra hace cesar la música. Y su vista entretiénese contemplando los antiguos tapices de color sombrío decorados con las fantásticas luchas de Osirio y Tifón, con los guerreros de Sesostris. Las dos esfinges que, mudas, inmóviles, reposan en sus pedestales de piedra, se doran con los últimos rayos del sol. Y los bajo relieves, las cornisas egipcias de líneas frías y severas destácanse mejor.

Aquella tarde Cleopatra está hondamente preocupada y en sus contraídas cejas se adivinan los sombríos pensamientos que la torturan. Sus crispadas manos acarician el cincelado pomo de un puñal, pendiente de su rico cinturón, y, nerviosa, clavada la vista en el camino real, que partiendo de la ciudad viene á terminar en su palacio. Después, de un cofrecillo cercano, saca un rollo de papiro, lo desenvuelve, y al concluir su lectura, quédase pensativa y fija la vista en la flota romana que blandamente mecen las olas del Mediterráneo.

Marco Antonio no disimulaba sus propósitos; venía por la corona de Egipto. Ella, aunque bastante animosa para defender su cetro, no contaba con súbditos leales. A cada instante los mercenarios se insurreccionaban. ¿Entregarse, abandonada por todos? ¡No! Y al pensar en esto se sonreía; era bastante hermosa para subyugar sin necesidad de ejércitos. Y solapadamente, fingiendo resignarse, solicitó una entrevista con el orgulloso jefe romano. Esta cita era para ella su batalla decisiva. Si triunfaba no temía á Augusto, pero si fracasaba su plan, entonces la muerte antes que la esclavitud.

Impaciente veía transcurrir las horas sin que llegara el general romano. A su izquierda el Nilo, manso y límpido, se deslizaba espejeante y murmurador, lamiendo las cultivadas orillas y las escalinatas que rizaban su brillante superficie. Reclinada contemplaba, al través del boscaje, de las fachadas y techumbres, el descenso del sol, que teñía con tonos de oro pálido todo el paisaje. Y trirremes amarrados á la orilla se columpiaban, haciendo inflamarse los pabellones de seda. Allí también estaba su trirreme de bandas argentadas, todo de

ébano, con su camarín forrado de ricas telas recamadas de pedrería. Y algunos ibis, posados en el escamoso dorso de los cocodrilos, pisaban con el pie su espléndido plumaje. A lo lejos, confusas, confundiéndose con el vaporoso azul, veíanse las gigantescas pirámides.

De pronto, en la galería que daba acceso á sus habitaciones, sintióse rumor de voces, ruido de armas, como si se empeñara una lucha; luego un grito de agonía. A poco, apartáronse bruscamente las cortinas, y un hombre jadeante precipitóse en la estancia. Sobresaltada, irguióse al pronto Cleopatra apretando el puñal; mas el intruso, antes de que ella hablara, murmuró inclinando la frente:

—Perdón, Cleopatra. Tus servidores me impedían la entrada; grandes nuevas tenía que comunicarte; ellos no escuchaban mis razones, y entonces, espada en mano, tuve que llegar hasta tí.

Cleopatra, indiferente:

—Habla.

—Tu pueblo, á la vista de los romanos, se ha sublevado pidiendo tu cabeza. Vitorea á Marco Antonio. En las plazas y calles gritan ebrias las chusmas.

—Que mis mercenarios asalten á esos perros.

—¡Imposible! Ellos secundan el movimiento. Sólo te quedan fieles los nubios y etíopes.

—Al instante vé á la ciudad, y á la cabeza de ellos ataca á los insurrectos.

Una vez sola dejó de fingir, cayendo desfallecida en el triclinio. ¡El pueblo por Marco Antonio! Estaba perdida. Y sumergiendo el rostro en un almohadón, dió rienda suelta á su dolor, llorando su impotencia. Entonces oyéronse á lo lejos, confusos, apagados, los sones de un clarín. Cleopatra enjugó su llanto y serenó su rostro, murmurando:

—Aún es tiempo.

En apretado pelotón, destellando al sol las bruñidas armaduras, avanzaba una cohorte romana, escoltando á Marco Antonio. Instantes después apeábanse en el vestíbulo, haciendo resonar con sus pisadas las baldosas del pavimento.

Entretanto la reina de Egipto, de pie, majestuosa en su porte, radiante la mirada, espera al general romano, jugueteando con un pequeño cetro de oro. Sin conmoverse escucha los pasos del centurión que apartando las cortinas anuncia á su jefe. A poco llega Marco Antonio, la espada en la diestra, marcial el talante y con aire de vencedor; mas al ver á Cleopatra, se apaga en sus labios la altanera frase de triunfo, y ofuscado inclina la cabeza murmurando respetuoso:

—¡A vuestros pies, señora!

Mientras que de la ciudad, y atraído por la brisa, llegaba á sus oídos, como un reproche, el ensordecedor clamoreo de las turbas egipcias que vitoreaban á los romanos.

José Antonio.

Puerto Rico.



¡VANO ANHELO!

—

Á IGNACIO M. LUCHICHI



OH mística monja de tocas muy blancas
y de hábito pardo,
que de noche muy quedo te acercas
y ante mí te detienes temblando!

—

¡Oh quimera, oh fantasma, que á un tiempo
acaricio y rechazo!
Eres tú nada más, en el mundo,
quizás porque no eres lo único que amo.

—

Te contemplo llegar y en mi pecho
el fuego satánico
de sacrílego amor se enardece,
y caigo de hinojos y busco tus manos.

—

Y recorren mis dedos los rígidos
pliegues de tu hábito,
y llegan á su orla, y buscan bajo ella
tus pies, que en el suelo deslizas descalzos.

—

Tú me ves altanera y esquiva,
y el negro rosario
interpone sus cuentas de piedra
entre mi alma, tu carne y mis labios.

—

¡Amas mucho á otro ser, amas mucho
al Hombre Increado,
y desprecias por Él la criatura,
fermento del lodo, mezquino gusano!

—

¡Cómo al verte ante mí desdeñosa,
de amante me cambio
en verdugo y destrozo tus carnes,
y quemo tus plantas, y tuerzo tus brazos!

— —

¡Con qué torpe fruición te atormento,
con qué dulce halago
acarician tus ayes mi oído!...
¡A mirra me huele tu cuerpo quemado!

—

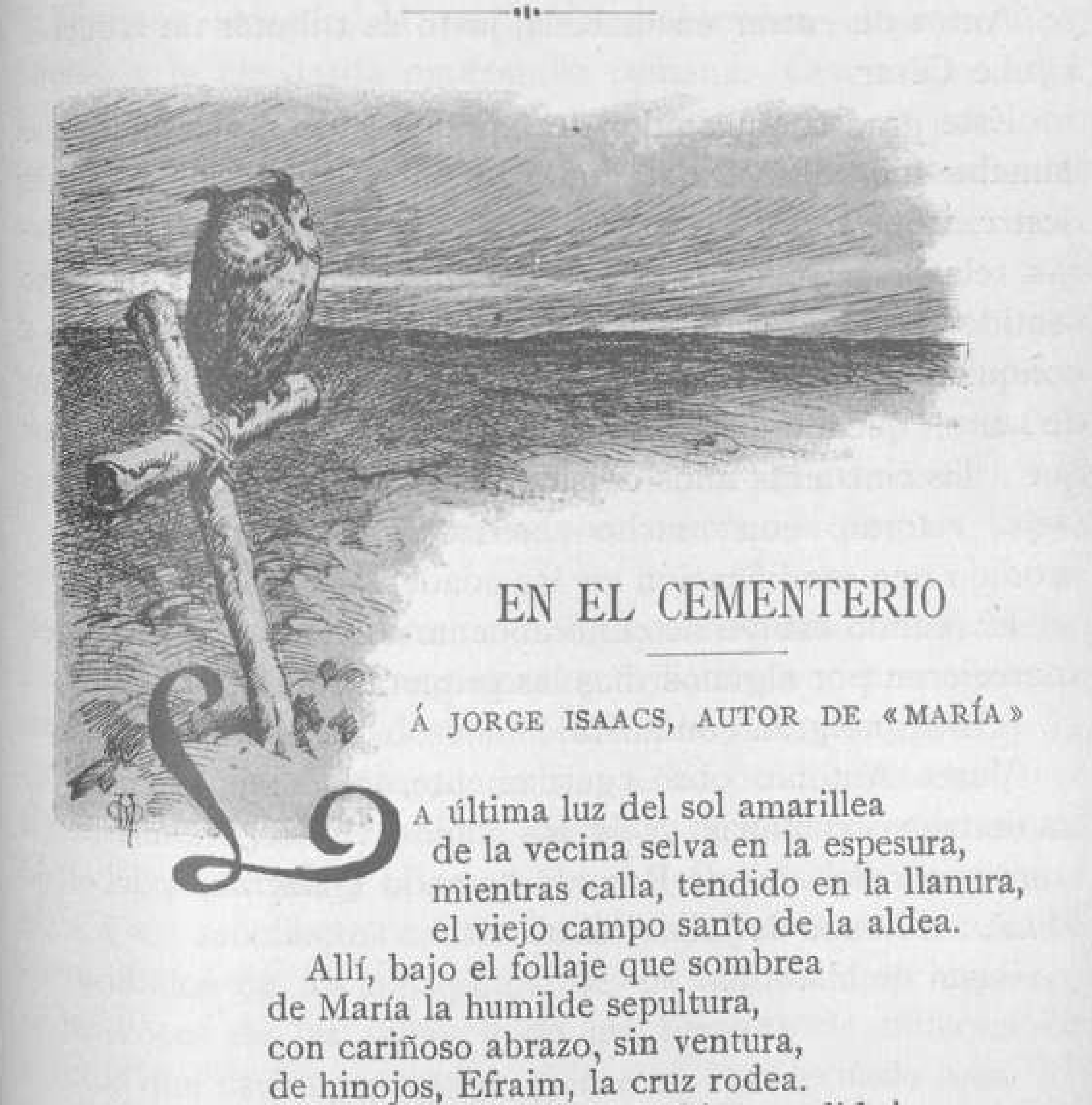
¡Ay de mí, que mi encono es inútil,
que todo es en vano;
que no logran ni amor ni torturas
que reniegues de aquel que amas tanto!

—

¡Oh mística monja de tocas muy blancas
y de hábito pardo;
¡por qué si no me amas tenaz me persigues!
¡por qué si te odio, te busco y te llamo!

JOSÉ PEÓN DEL VALLE.

Méjico



EN EL CEMENTERIO

Á JORGE ISAACS, AUTOR DE «MARÍA»

La última luz del sol amarillea
de la vecina selva en la espesura,
mientras calla, tendido en la llanura,
el viejo campo santo de la aldea.

Allí, bajo el follaje que sombrea
de María la humilde sepultura,
con cariñoso abrazo, sin ventura,
de hinojos, Efraim, la cruz rodea.

¡Es su postrer adiós al bien perdido!...
luego, abandona el triste cementerio,
y mientras lanza fúnebre graznido

siniestro buho que en la cruz acampa,
de la callada noche entre el misterio
cruza á caballo la desierta pampa.

U. A. PÉREZ.

Maracaibo.

JULIO

I

«Venga Julio fresco, el Carmen claro y Santiago abrasado.»

Estamos conformes con el refrán.

Antes de entrar en materia, justo es tributar un recuerdo á Julio César.

Este gran conquistador de mundos y de mujeres, que se llamaba hijo de Venus; que manejaba las armas con más destreza que todos los soldados romanos; que vestía suntuosas telas con magníficas franjas; que ponía todos sus cinco sentidos en el cuidado de su hermosura; que en catorce años conquistó el mundo; que se ocultaba la calva con la corona de laurel; que á todas horas corría tras del amor y los placeres; que á los cincuenta años de su edad no se resignaba á hallarse viejo, reformó con mucho acierto el calendario romano y produjo una modificación en las edades.

El mundo estuvo de enhorabuena. Gracias á César, desaparecieron por algunos días las primeras canas.

¡Oh! ¡qué gran conquista!

Marco Antonio obró cuerdamente, tal vez á instancias de las matronas romanas y de los viejos verdes, en sustituir el quinto mes del año de Rómulo llamado *Quintilis*, por el de *Julius* en honor de Julio César.

Basta de historia.

II

Julio es un mes espléndido, fecundo, exuberante, adorador del sol como los persas, amante del calor y pródigo por naturaleza.

Abril es una chiquitina que llora por la causa más sencilla; Mayo una encantadora joven con una canastilla de flores

sobre la cabeza; Junio un arrogante joven que gusta de amoríos y verbenas; pero Julio es el varón fuerte, el rey de la creación, que avanza en medio de una vega espléndida y vigorosa desafiando los rayos solares y las tormentas y luchando con las olas embravecidas como un titán de los mares.

El mes de Julio también se adorna con flores. No le cautivan las rosas, los claveles y las lilas, porque Mayo y Junio han hecho un derroche de ellas. Sus flores favoritas son las magnolias de flor grande, la preciosa flor del naranjo, el hermoso arrayán, la medicinal balsamina, el aromático comino y la ensalzada manzanilla romana. Con todas estas flores y con el ajenjo y el oloroso espliego forma un precioso ramo y lo destina á la dama de sus pensamientos, quedando ella muy agradecida de tal distinción, por constarle que aquellas flores son las últimas del año.

III

¡Qué cara de pascua pone el agricultor en este mes!

Los trabajos en el campo se ven coronados por un lisonjero éxito.

El labrador se levanta con el alba, empuña la hoz ó echa mano de las máquinas segadoras y trilladoras y se ocupa con afán, con entusiasmo, desafiando el calor, el cansancio y la fatiga, en las operaciones de la siega. El prado, las eras, las alquerías se llenan de cantos, de vida, de alegría, de animación. El amor juega al escondite entre los trigos, sin prestar oídos á los soñolientos cantos de las cigarras, sin cuidarse de los zumbidos de los mosquitos, de los saltos de los lagartos, de las voces de las ranas y de las *caricias* de millares de insectos que nacen espontáneamente en este fecundo mes.

Los animales durante el mes de Julio están de enhorabuena; se les trata á cuerpo de rey. El ganado duerme horas enteras en los barbechos más ventilados; echa un paseíto por la mañana, otro por la tarde, y á majadear, como dicen ellos, pues la tierra arde, el sol abrasa y el aire es fuego y no es cosa de pillar un tabardillo.

Las aves de corral y las acuáticas siguen la moda; dejan sus casas, buscan agua y sombra, y siguiendo el ejemplo de sus dueños se bañan á discreción. No hablaremos de la monta, pues esto constituye muchas veces un espectáculo repugnante, gracias á la avidez de los hombres encargados de ellos. El amor ha de obrar con entera libertad.

IV

La religión en este mes desempeña un importante papel.

El dia 10 pasa á visitarnos un varón de gentil disposición, de grande estatura, que atrae por ello los ojos de los que le miran. Trae una vara en la mano y el Niño Jesús en el hombro. Es un hombre nacido en Cananea, que libra de ladrones, granizo, fuego, hambre y otras pestilencias á los que le quieren bien. Todos le agasajan y le llaman el valeroso y glorioso mártir San Cristóbal. Él es el santo tutelar de mi calle: veinticuatro horas permanece entre nosotros y se le obsequia de lo lindo. Se le coloca en una capilla adornada con flores y cirios, y desde ella contempla vistosas enramadas, salvas de morteretes, bailes, juegos de cucaña, carreras de hombres y de terneras, un ramillete de fuegos artificiales, y escucha los acordes de músicas y dulzainas. Y como hasta los santos se alegran al ver una cara buena, el buen cananeo mira con muy buenos ojos á las chicas del barrio, las juguetonas sacristanas que, elegantemente ataviadas y del brazo de afectuosos mancebos, reparten al son de la música azucaradas tortas á los vecinos. El santo se interesa por ellas y les proporciona novio. En este día el agua obra también milagros, como en la alborada del buen San Juan, y al dar las doce del medio día muchos se lavan los pies, pues en aquella hora cuenta la tradición que San Cristóbal con el Niño Jesús á cuestas pasó un río, y como el calor aprieta de lo lindo principian los baños de mar.

San Cristóbal es muy galante. Sabiendo que está en camino la Virgen del Carmen, le cede el puesto.

¡Qué nombre tan poético lleva esta Virgen! Carmen en

latín significa poesía, en lengua árabe, florido verjel, y el monte Carmelo es el más bello del Asia y está alfombrado de rosas todo el año.

Las verbenas españolas son un cuadro de amor y de poesía. La noche espléndida, hermosa y con luna. Un gentío inmenso invade las calles. Allí brillan fogatas, más allá se escuchan melodiosos instrumentos; el pueblo baila y canta; unos toman refrescos al aire libre; otros comen tortas, buñuelos y dulces; se disparan cohetes y carretillas; los salones de baile abren sus puertas; los teatros se toman por asalto; los cafés colocan sus mesas en las aceras; las confiterías, pastelerías y horchaterías aparecen profusamente iluminadas; lindas muchachas, ataviadas con vaporosos trajes de verano, platican amores con sus galanes; el transpirenaico sombrero se confunde con la juguetona mantilla y con el mantón de Manila, como la levita con la chaqueta, y el cielo, la tierra y el aire respiran gozo, alegría, entusiasmo y animación.

Bien dijo el dulce Antón, el de los cantares, como le llamaba el pueblo:

¡Ay! ¡quién tuviera
cada veinticuatro horas
una verbena!...

La Virgen del Carmen se va; pero no nos quedamos tristes y solos en este valle de lágrimas. Santa Magdalena viene á hacernos compañía regalándonos tiernas avellanas.

¡Qué hermosa es! A pesar de haber vivido tantos años sola y oculta en una cueva, entregada á la oración y á la penitencia, parece aún aquella hermosa pecadora que era el encanto y la ilusión de Galilea. Las chicas enamoradas, todos los que penan del mal de amores, colocan coronas de flores á sus pies, le cuentan sus cuitas, le piden consejo y reclaman su amparo y protección, que siempre se ve otorgado.

En muchas villas y ciudades la reciben con repique de campanas, con disparos de fusilería y con enramadas. Pero ella no gusta de la pompa, del bullicio y de la fiesta; recuerda que ellas fueron el escándalo de su vida, y triste y temerosa,

da la vuelta á su cueva. En medio del camino da con Santiago cargado de melones y sandías.

El pueblo le recibe con regocijo. En medio del calor tropical que se siente en todas partes, ¡con qué placer despacha aquellos frescos frutos que calman el ardor de la sangre y parecen prestar nueva vida al organismo!

A este santo se le obsequia con fiestas taurinas. No sabemos que este venerable apóstol fuera amigo de tan bárbaro y asqueroso espectáculo.

Chitón. Ved cuántas hermosas damas ataviadas con la graciosa mantilla se dirigen á pedir á Santa Ana feliz alumbramiento. Nueve días consecutivos encaminarán sus pasos á la iglesia. ¡Oh! ¡qué tentadoras están! Las casaditas jóvenes son muy temibles. Bien lo sabía Moisés cuando dijo: «No desearás la mujer ajena.»

V

El calor me impide proseguir. Bien desearía deciros que en este mes tuvo lugar el incendio del campamento de los Reyes Católicos, en la vega de Granada en 1491; que nació el historiador y poeta Antonio de Solís; que tuvo lugar la célebre batalla de Arapiles, y fué fusilado el general Lacy, por su mucho amor á la libertad; pero es de todo punto imposible. El cuerpo me pide ejercicio y agua, y hay que complacerle. ¡Oh! ¡qué bien se vive en el mar!

FRANCISCO GRAS Y ELÍAS.

EPIGRAMA

—¿Y el te? ¡cualquiera adivina
cuándo llega! estoy cansado
de esperar... ¿ó es que has mandado
por él, acaso, á la China?
—Hombre, basta de alboroto
y de conmover la casa.
—No es raro con lo que pasa:
se trata de un *te... remoto.*

EN LA RÁBIDA



—Desengáñate, Pascual:
hasta que Colón florece,
ni un solo genio merece
que se le llame *inmortal.*
—¿Y Colón?
—Él sí, y me fundo
en que, tras de heroica hazaña,
fué el primero á quien España
vió volver *del otro mundo.*

SIC SEMPER

Una estatua de corcho y otra de oro
del mar cayeron en el hondo abismo:
se hundió la que valía gran tesoro
y la otra se salvó del cataclismo.
De la santa justicia con desdoro,
entre los hombres ví pasar lo mismo:
aquel que vale, se hunde en mar ignota;
pero el hombre de corcho siempre flota.

RICARDO PALMA.

Lima.

EL HOMBRE

¡Oh gran Naturaleza, que Madre Tierra un día
llamó quien profanara de madre el santo nombre!
¡Tú siempre indiferente, siempre callada y fría
te muestras á las ansias indómitas del hombre!

¡Oh gran Naturaleza! tus olas encrespadas,
tus hórridos abismos, tus atrevidas rocas
al hombre le opusiste: la sombra á sus miradas,
y tus silencios graves á sus preguntas locas.

De tus entrañas salgo famélico y desnudo,
y trémulo, encorvado, debo empapar el suelo
con el sudor y el llanto; «para el trabajo rudo
nací, como nacieron tus aves para el vuelo.»

¡Oh Tierra! no distingues los ayes de los cantos;
la cava de las tumbas, de rústicas labores;
ni al hijo que se entierra regado con los llantos,
del grano que se siembra mojado con sudores.

Soñando con tus dádivas, el sembrador escoge
un campo, y labra, y suda sobre las anchas eras;
y al cabo le regalas, para llenar su troje,
con enfermizos pámpanos y con espigas hueras.

Y el campo misterioso de la callada muerte,
donde entre amadas sombras por último dormimos,
profana en sus orgías, tu mano lo convierte
en campo de altas mieses y cárdenos racimos.

Si á tí nos acogemos, con rabia nos sacudes,
guardando tus furores volcánicos despiertos;
y si tus senos buscan hambrientas multitudes,
te imploran,—y se abaten llorando en los desiertos.

Sobre nosotros vierte tu colosal clepsidra
la escarcha, el rayo, el viento, la nieve de las cumbres
y el soplo de la peste, que transformado en hidra,
con sus anillos diezma las vastas muchedumbres.

Tu voz, en montes y ondas, es grito que amedrenta,
clamor de estrago, trueno de omnipotencia brava;

y con tartárea cólera tu enorme boca ostenta
espuma en tus Océanos, en tus Vesubios lava.

Y luego, como restos de aquellos tus festines,
los blancos esqueletos se tienden colosales
de una Pompeya triste volcada entre jardines,
y de una muda Nínive perdida entre arenales.

Y si indignado clamo al ver tus elementos
cubrir los horizontes de piedras funerarias,
el huracán, mofando, se lleva mis acentos,
y el taciturno espacio devora mis plegarias.

De hinojos interrogo la bóveda sombría
que alumbras tristemente con pálidas estrellas:
y sube, y sube trémula la voz de mi agonía,
llevando de astro en astro las místicas querellas.

Mas no levanta un eco la religiosa queja:
todo es misterio y sombras en tus callados cielos;
los astros, mudas cifras; la Cruz del Sur semeja
la *equis* de esa incógnita que ocultas con tus velos.

¿Dónde el materno arrullo? ¿En dónde tu sereno
abrigo? ¿ó las respuestas á mi angustiado grito?
Abajo, el terremoto, la peste, el hambre, el trueno;
arriba, la implacable mudez del infinito.

¡Qué sorda, oh Madre-Esfinge, á mis febriles dudas!
¡Cómo al dolor ofende tu imperturbable calma,
cuando, las alas rotas contra tus leyes rudas,
palpita en mí, como águila en su prisión, el alma!

Y á par del alma, hieres la carne: en la pupila
vas opacando, noche tras noche, los destellos;
otoño tras otoño, cansado el pie vacila;
invierno tras invierno, argentas los cabellos.

¡Qué abrazo el tuyo, oh Tierra! Entre tus garras toscas
destruyes, nervio á nervio, los miembros infelices.
Nos tragas en la tumba, y allí cruel enroscas
al corazón llagado tus ávidas raíces.

¡Y al fin soy tuyo, oh Tierra! Tras amarguras tantas
descenderé á tu seno, cansado peregrino;
y entregarás mis venas al jugo de tus plantas,
y volverás mis huesos al polvo del camino;

Y absorberá mi nombre tu olvido indiferente,
y borrará tu mano mis fugitivos rastros,

y luego oirás, por siglos, y tú alzarás, potente,
el himno de tus olas y el himno de tus astros...

¡Mas no tendrás,—oh Tierra, do todo se derrumba,—
el Alma, que rindiendo su carga abrumadora,
abre las grandes alas á orillas de la tumba,
y sube á los espacios de la inmortal Aurora!

J. M. Rivas Groot.

Bogotá (Colombia).

ENTRE SAN MIGUEL Y EL DIABLO

(DOLORA)

I

Despertando en sus vecinas
la más piadosa ternura,
les dijo así un día, el Cura
de San Miguel de Salinas:

II

«La que á Dios quiera ser fiel,
que ponga con gran cuidado
sus donativos al lado
del busto de San Miguel.

»Pues cuando el Diablo, el dinero
mira á su lado caer,
se llega él mismo á creer
tan santo como el primero.

»Jamás olvidéis que Dios
os concede un solo amante,
y que el Diablo os da, inconstante,
¡más de un novio... y más de dos!»

III

¡Más de dos!... El día aquel
tan sólo al Diablo se honró,
pues ni un céntimo cayó
del lado de San Miguel.

Y es que, sin duda, hay vecinas
que en cuestiones de ternura,
creen más al Diablo que al Cura
de San Miguel de Salinas.

Ramón de Campoamor.

Madrid.



GENTES SUPERSTICIOSAS

La raza de los *supersticiosos* amenaza no extinguirse nunca, y es probable que ni el día del juicio final se atrevan algunos á casarse... como ese día sea viernes ó martes.

El origen de las supersticiones se pierde en la negra noche de los tiempos, y, lejos de desaparecer éstas en el transcurso de las edades, han venido echando tan hondas raíces en el espíritu del hombre, que ahí nos tienen ustedes en las postrimerías del siglo de las luces creyendo todavía en agüeros y en otra porción de absurdos sin pies ni cabeza.

La palabra *superstición*, inventada por los gentiles, sirve todavía á maravilla, después de tantos siglos, para expresar preocupaciones subsistentes aún, y que son como manchas que obscurecen el sol de nuestra inteligencia. Porque no es sólo el vulgo el que cree en esas cosas, pues gentes ilustradas conocemos que las toman también á lo serio y dan crédito á todos esos signos ó señales que presagian tal ó cual suceso infausto, según los arúspices contemporáneos, y no pueden reprimir un instintivo movimiento de terror al ver derramarse la sal sobre la mesa, por ejemplo, ó que alguna persona querida se casa en viernes... ó en domingo.

—Yo no soy supersticioso, nos decía un filósofo rural, á quien conocimos en el cuarto menguante ó menguado de una *diva* de provincias; pero en cuanto oigo el canto de la lechuza ó el lúgubre aullido de algún perro insomne, ya me tienen

ustedes más blanco que la pared, pues sé que algo desagradable va á sucederme.

—¡Pero, hombre! exclamó la *diva*, riendo; ¿es posible que abrigue usted tan ridículos temores?

—Repito que no soy supersticioso, pero lo cierto es que la casualidad dispone á veces las cosas de tal modo, que el más despreocupado se queda perplejo, y acaba por participar



de las absurdas ideas del vulgo. Aquí donde ustedes me ven, añadió bajando la voz y con aire solemne, no he oído nunca *llorar* á un perro que no me haya sucedido algo lamentable. Anoche mismo, sin ir más lejos, hirió mis oídos el aullido lastimero de uno de esos simpáticos animalitos, que lloraría, quizá, alguna... *perrería* amorosa, y esta mañana, no bien salí á la calle, cuando todavía resonaban en mis oídos aquellos aullidos desgarradores, como fatídico enigma que en vano trataba de descifrar, se me acercó un amigo de la infancia y

de mi mujer, y echándome los brazos al cuello, me dijo con acento que me estremeció de pies á cabeza... ¿qué dirán ustedes que me dijo?

—¿Que se había muerto algún pariente de usted?

—¡Que le prestase veinte pesos!

El número trece es, de todas las combinaciones aritméticas, la que inspira más terror, é individuo hay capaz de quedarse sin comer antes que sentarse á la mesa donde los convidados formen ese número siniestro.

—Yo siempre he tenido horror en la mesa al número trece, nos decía cierta vez un gastrónomo; sobre todo cuando no hay comida más que para doce.

La sal derramada en la mesa significa desgracia, según los augures domésticos. En cambio el vino vertido sobre el mantel es seguro indicio de suerte y alegría... Y es cierto: para la lavandera.

No hace mucho, yendo un día por la calle con un caballero supersticioso, se nos acercó una pobre mujer con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ah, don Rafael! exclamó dirigiéndose á nuestro compañero; sin duda Dios le ha puesto á usted en mi camino.

—¿Pues qué ocurre, mujer? dijo nuestro amigo, deteniendo el paso.

—¡Una desgracia! contestó la infeliz; en un descuido la máquina del taller donde trabaja mi marido le ha pillado la mano y le ha cortado los dedos.

—¡Horror! exclamó nuestro amigo poniéndose pálido.

—¡Ya ve usted, don Rafael, qué desgracia! Mi marido quedará inútil para el trabajo, ¿y qué va á ser de nosotros?

—Vamos, hija, murmuró con acento bondadoso don Rafael, tratando de consolar á la desgraciada; no hay que desesperarse... Dios no abandona nunca á los que sufren... ¡al contrario! el dolor es el que más eleva nuestra alma, y el alma que llora es la que más cerca está de Dios. Además, ya sabes que puedes contar conmigo; si la adversidad os arroja á la calle, no faltará quién os recoja y atienda vuestras necesidades.

La buena mujer miró con expresión de gratitud á nuestro amigo y se alejó más tranquila, más resignada, llevando el bálsamo de sus palabras en la herida de su corazón.

—Verá usted, nos dijo después nuestro interlocutor, cómo no va á ser esta la única desgracia que aflija á esos infelices.

— Si la máquina ha cortado los dedos del marido, se



explica la desesperación de esa pobre mujer, dijimos, vivamente impresionados por el relato de aquel accidente.

—¡Y en qué día! exclamó don Rafael, con expresión de supersticioso terror. ¡Mire usted que *cortarse las uñas* en viernes!...

La superstición tiene también sus refranes, y el que de más crédito goza es aquel que dice: *ni en viernes ni en martes, no te cases ni te embarques.*

—Yo me casé en viernes y me embarqué el martes siguiente, decía la otra noche en casa de las de Pérez el amigo

de quien acabamos de hablar, y estoy convencidísimo de que el refrán no puede ser más sabio.

—Pues yo creo, observó un filósofo de afición, casado, que pasaba las penas del purgatorio con su esposa, que para casarse todos los días son viernes.

—¡Con decir á ustedes que el día que me embarqué, mi mujer se escapó con otro! agregó el primero.

—¿A los cuatro días? replicó el filósofo; pues, hombre, con una mujer de ese... temperamento, eso no es ninguna



desgracia, y á ser más común el hecho, el refrán debiera aconsejar, por el contrario, que se embarcasen todos los maridos del tenor de usted.

Supersticiosos hay que ni siquiera tratan de disimular que lo son, aun cuando las miradas burlonas y los epigramas punzantes de los que no participan de sus creencias, les envuelvan como en un torbellino de alfileres. A esa clase pertenece otro amigo nuestro, que con sus preocupaciones trae á mal traer á su familia, y al que fuimos á visitar la otra noche.

—¿Y su esposo? preguntamos á su señora, que es la que salió á recibirnos.

—¡Ah, caballero! contestó la interpelada, tomando nuestras manos con la expansiva franqueza del que necesita desahogar en un pecho amigo la pena que roe sus entrañas; ¡soy muy desdichada!

—Pero... ¿qué ocurre?

—Una gran desgracia... en perspectiva.

—Serénese usted, señora... ¿acaso don Cirineo?

—Figúrese usted, amigo mío, que hace poco nos sentamos á la mesa, y el chiquitín, que es muy travieso, derramó la sal sobre el mantel...

—Bueno, ¿y qué?

—Ya sabe usted que Cirineo es muy supersticioso, de resultas de su matrimonio...

—¿Cómo de su matrimonio?

—¡Como que se casó en viernes!

—¿Y le ha ido tan mal?

—No sé, pero el caso es que dice que no volverá á casarse... en viernes. Ahora bien, mi marido tiene la manía de que si se derrama la sal, no tarda en acontecer algo grave, y de ahí que tome todo género de precauciones con esa sustancia, como si se tratase de una materia explosiva. Tiene horror á la *sal* y á todos sus *derivados*, como él dice; por eso nunca le verá usted en la *sala;* en música le gustan todos los instrumentos, menos el *salterio;* en literatura es enemigo del género festivo, por su *sal ática;* en culinaria pasa por todo, menos por las *salsas;* en política dice pestes de la ley *sálica*, y lejos de excluir á las hembras del gobierno... de la casa, deja que yo mande en la suya á mi antojo; en amores... ¿querrá usted creer que estuvo á punto de emigrar no sé á dónde, sólo porque andaba persiguiéndole una andaluza que se había enamorado de él y á quien Cirineo miraba con disgusto?

—Sería fea.

—¡Al contrario! era una Venus de ojos negros y desvergonzados, con todo el fuego del sol de Andalucía.

—¿Y por qué la desairó?

—Porque andaba por esas calles derramando... *sal.*

—¡Qué *sal... vaje!*

—¡Buenos disgustos me ha dado la tal andaluza!

—¿Y dónde está don Cirineo?

—¡Qué sé yo! casi al mismo instante que el niño vertía la sal, llamaron á la puerta, y mi esposo se puso pálido.—¿Quién es? pregunté á la sirvienta, que entró azorada en el



comedor.—Señora, dijo ésta, más muerta que viva; ahí está el acreedor del otro día, el del escándalo...—¡Y luego no sea usted supersticioso! murmuró Cirineo con voz apagada, pero... agregó, ¿trae la cuenta?—¡Lo que trae es una pistola! contestó la doméstica.—¿Sólo trae una pistola? exclamó mi esposo, más tranquilo al parecer.—¡Es que dice que si no le paga usted el pico que le debe, le mata ahora mismo! observó la criada.—Pero, Cirineo, dije entonces yo, no sin sobresalto, ¿por qué no arreglas ese dichoso pico? ese hombre nos va á dar un disgusto.—¡Jamás! gritó mi esposo, no

quiero *sal-dar* ninguna cuenta. — Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando apareció en el hueco de la puerta la imponente silueta del acreedor. ¡Usted no sabe el mal rato que he pasado, caballero!

—Vamos á ver, ¿y qué sucedió?

—Pues nada, que Cirineo se negó rotundamente á pagar lo que debía, no sé si por sobra de *superstición*... ó por falta



de costumbre, en lo que hizo mal, pues podía haberle dado á cuenta, cuando menos... algunas excusas, y el acreedor, ante aquella negativa, sacó su pistola y apuntó á mi marido. ¡Ay! todavía me tiemblan las carnes al recordar aquella escena.

—¿Y don Cirineo?

—Pues, como usted comprenderá, mi esposo no esperó que el otro hiciese fuego, y con la servilleta puesta y sin sombrero, se lanzó en dos saltos á la calle.

—Pero, ¿cómo tuvo la cobardía de echar á correr?

—Lo ignoro; lo único que sé es que echó á correr como á él le gusta: *desalado.*

—¿Y el acreedor?

—El infame se rió en grande al ver correr á Cirineo, y me dijo que no temiese nada, pues la pistola estaba descargada y no había pensado matar *todavía* á mi marido.

—¿Por qué no lo dijo antes, el muy salvaje? exclamó el



mismo don Cirineo, entrando, sudoroso y jadeante, en la habitación donde nos encontrábamos.

Y luego, ya más repuesto y volviéndose á nosotros, agregó:

—Hay gentes que se ríen de las creencias supersticiosas del vulgo, y no obstante, yo creo que en ocasiones son fundadas y todo razonamiento y toda lógica tienen que callar ante la elocuencia de los hechos. ¡Vea usted lo que me ha sucedido á mí con la sal! Afortunadamente acaba de ocurrírseme una idea, que no sé cómo no he tenido antes. Puesto que es tan peligroso el manejo de esa sustancia, desde hoy

queda suprimida del todo en mi casa. De este modo, si no evito las cuentas, que esto es imposible, me evitaré, al menos, muchos disgustos.

—¿Y quién traga la comida así? exclamó indignada la señora de nuestro amigo, ante aquella verdadera *sal-ida*.

A lo que contestó don Cirineo con viveza:

—¿Pues no la trago yo á usted, que no puede ser más... *sosa?*

Casimiro Prieto.

OTOÑAL

A M...

Ya del añoso fresno entre las frondas
se oyen gemir las ráfagas heladas,
y en busca del maizal de espigas blondas
van los alegres tordos en bandadas.

Ya dejando los viejos torreones
emigran las viajeras golondrinas,
y en parejas los gárrulos gorriones
hacen nido de amor entre las ruinas.

Ya cuando el sol se aleja por Ocaso
la tristeza se posa en el celaje,
y vestida de nieblas, paso á paso,
llega la reina-noche hasta el boscaje.

Ya se acerca el invierno ¡oh mi adorada!
pronto su beso cuajará las olas;
hoja tras hoja en la corriente helada
van cayendo las últimas corolas...

No quiera Dios que nuestro amor, bien mío,
se amengüe al soplo de la vida breve;
¡qué hiciera el corazón, muerto de frío,
entre tanta tristeza y tanta nieve!

Vén, hagamos un nido entre lo espeso
del bosque de los sueños escondido,
y allí arrullados por eterno beso
desafiemos al tiempo y al olvido.

Vén, que nos cubra con su hielo inerte
el triste invierno en perezosa marcha;
que brille nuestro amor entre la muerte
como chispa de fuego entre la escarcha!

Ruperto J. Aldana.

Tegucigalpa (Honduras).

ÁRBOL PROHIBIDO

I

Con su ángelico rostro de virgen
y el himno en los labios,
de mañana, en el huerto, es el hada
de los sueños blancos.

Su radiosa pupila le finge
que es concha el espacio,
de albo nácar que, leves, coloran
celajes rosados.

Colibríes de amor, á su oído
jamás murmuraron
el lenguaje que, en cambio de mieles,
escuchan los nardos.

Ella es, del tesoro paterno,
joyel destinado
para el claustro, del cual le separan
tan sólo dos años.

Y por eso, en su alcoba, se mira
místico retrato
de una monja que vuelve á los cielos
el semblante pálido.

II

Le han prohibido, sus padres, que lea
el libro dorado,
donde apuesto galán, á una joven
se mira besando;

En el cual hay cupidos que cazan
tal vez en vedado,
y á las ninfas, que salen del bosque,
les tienden los brazos.

En la mesa, una vez, por descuido,
el libro dejaron
y el recreo en sus láminas bellas,
le costó un regaño.

III

Nunca sale, y tan sólo permiten
que mueva sus pasos
por el huerto, que es todo inocencia
sin pérfido halago.

Mas, la niña, descubre un secreto
del huerto en un árbol;
un secreto que, cerca del nido,
publican dos pájaros.

Y no sabe por qué, desde entonces,
la escena observando,
á su pecho, anhelante y medrosa,
se lleva la mano.

Y, más viva que el sol de los trópicos
que alumbra los prados,
y encendiendo las rosas andinas
derrite los páramos,

Las graciosas mejillas le quema,
con ardor extraño,
una llama que sube del pecho
ó baja del árbol.

IV

Desde entonces, á la niña le aterran
la monja y el claustro
y, al soñar que la arrancan del huerto,
despierta llorando.

F. D.

Caracas, 1895.

EPIGRAMA

—¿Aún conservas el reloj?
—Hombre, aún no me lo he comido.
—¿Y anda bien?
—¡Vaya si *anda!*...
camino del Monte-pío.

EL ADEREZO



—¡Qué aderezo!...
—(¡Adiós, tesón!
si se lo niego, arde Troya).
—¡Oh! ¡cuánto te quiero, León!
—Ya sé que en viendo una joya...
recrudece tu pasión.
—¿Crees tú?... ¡qué malicioso!
—Lo que á sospechar empiezo
es que, como amor de esposo
siempre fué en extremo soso...
necesita de aderezo.

LOS TRES RAMOS [1]

I

EL RAMO DE FLORES

—¡Vamos, vamos, hábil florista; hazme un ramo de flores, para ofrecerlo á mi amor! Hazme un ramo que diga á mi amada lo que siente mi corazón inquieto y lo que pienso de ella. Diz que las mujeres ven en las flores el símbolo de su hermosura, y en los primores de la naturaleza, su retrato.

Tú eres hábil, tú eres sagaz; hazme un ramo en que ella vea la verdad de mi amor. Pon en el centro rojos claveles, pues ese es el color de sus labios, frescos aún con las gotas de rocío, pues esa es la frescura de su boca; pon á su lado campanillas azules, pues ese es el color de sus ojos; ponlas de modo que se agiten y ondulen al menor movimiento, pues así se agitan sus ojos con la vivacidad de la juventud; haz los contornos de negros tulipanes, pues este es el color de sus cabellos, de negros tulipanes que sean aterciopelados, pues su cabellera es tan fina como el terciopelo de los pétalos; no te detengas ahí: une esas flores con nardos y rosas, pues sus colores se mezclan y unen, en armonioso tono, para deslumbrar al mundo con el matiz sonrosado de su tez sin igual. No has concluído aún: llena los huecos de temblorosas sensitivas, pues este es el símbolo de la mujer que ama.

Mas ¿qué es lo que haces? ¿pones tan sólo flores marchitas? Yo quiero expresarle que mi amor será eterno, ¿acaso se extingue una hoguera que siempre arde?

—Toda hoguera se apaga, toda belleza se marchita. El corazón se apaga como la hoguera, la hermosura de la mujer se marchita como las flores. El tiempo lo une todo, todo lo consume, todo lo gasta. No esperes mañana vivir del mismo modo que ayer; cada día que pase te llevará algo que no

(1) **Del libro que se publicará próximamente, titulado:** ***Autoriales.***

encontrarás jamás. Esa es nuestra suerte y cambiarla es imposible. Si vives de mentiras, llévale blancos jazmines, olorosos nardos, rojos claveles: mañana toda esa belleza rodará por los suelos mustia, amarillenta, seca. Si la verdad es tu encanto, llévale este ramo de flores secas y dile que cuando su hermosura se marchite, y en lugar de las gracias de la juventud soporte penosamente las injurias de la vejez, la amarás del mismo modo que hoy; si no tienes tanto valor, no la ofrezcas más de lo que puedas cumplir y deja á la naturaleza seguir su obra segura.

II

LA OFRENDA Á LA GLORIA

—¡Vamos, vamos, hábil florista; hazme un ramo que simbolice la inmortalidad, para ofrecerlo á la Gloria! Hazme un ramo que contenga la palma bendita, el verde laurel, la rama de encina: yo quiero expresarla que consagraré mi vida á sus esplendores. Mas ¿qué es lo que haces? ¿secas hierbas, ramas desgajadas, cenizas funerarias! Yo no pienso en la muerte; yo amo la vida.

—Ama la vida, pero no esperes la gloria. ¿Eres acaso un genio? Sea; ¿has transformado el mundo? sea; ¿has superado á la inteligencia humana? bien; pero ¿tienes poder? nadie te admira, mas los débiles te obedecen; ¿obedeces en vez de mandar? nadie te admira, todos te mandan. Ni los gusanos que comerán tu cuerpo alcanzarán tu triunfo.

Para ser inmortal es necesario: primero, que mueras; después que la posteridad quiera acordarse de tí; después, que la nación en que has nacido, sea la que prepondere en el mundo. Cuando todo esto se realice, te levantarán una estatua, remedo de tu figura, que azotará la lluvia, calentará el sol y servirá de sitio predilecto, para posarse, á los pájaros de la comarca. ¿Confías, acaso, en la justicia de la humanidad? ¿crees, por ventura, que Homero es admirado entre los indios, Brahma por los católicos y Cristo por los judíos? Desecha vanas ilusiones: si aspiras á la gloria, ofrécele una

antorcha apagada y un blanco sudario. Muere, después, en el sacrificio, que la posteridad te consagrará una losa funeraria y colmará á tus nietos, que serán imbéciles, con todos los privilegios que deben acordarse á la inteligencia.

Mientras que la humanidad busque tus huesos, para hacerte justicia póstuma, otros genios, tan excelsos como tú, morirán olvidados en la miseria. Mientras tanto, ¡qué gran día será para tí aquel en que no puedas gozar del renombre alcanzado por tus hechos, ni de la admiración que inspiran tus obras, ni del legítimo provecho obtenido por el trabajo de tu espíritu! ¡Conságrate, conságrate á la gloria, que la humanidad es generosa y justa con las cenizas de los muertos!

III

LA OFRENDA Á LA PATRIA

—¡Vén, vén, sin tardanza, hábil florista, y teje una corona con tus gajos lozanos y tus flores hermosas para ofrecerla á la patria! La patria es el símbolo del regazo materno; de la cuna que recibe nuestros primeros sueños; de la sustancia que nos nutre; de la religión que nos consuela; de la esperanza que nos alienta, y del lenguaje, en que el espíritu se deshace, por la expresión de las afecciones y la elocuencia del pensamiento. La patria es todo, y yo quiero consagrarme al esplendor de mi patria.

Busca aquel ramo que por su frescura indique la fuerza de la vida, pues las naciones son más poderosas mientras más fuertes son sus hijos; busca aquellas flores que por su color indiquen la generosa sangre que se vierte defendiendo su libertad, y añade el gajo de laurel y la palma de la victoria y la rama de olivo y las verdes hojas de la fuerte encina, símbolos de la gloria, de la paz y del progreso de las artes. Mas, ¿qué es lo que tejes? ¡una corona de espinas! Yo quiero consagrarme al esplendor de mis contemporáneos y entregar mi obra á su justicia.

—Conságrate al esplendor de tus contemporáneos, pero no esperes otra cosa que tu sacrificio: esta corona que tejo

será para tí. ¿Vives, acaso, entre ángeles? Si todos llegan á ser poderosos, ¿querrán ser menos poderosos que tú? Si todos llegan á ser ricos, ¿querrán ser menos ricos que tú? Si todos llegan á ser famosos, ¿querrán ser menos glorificados que tú, patriota sin egoísmo? Conságrate, conságrate al esplendor de tus contemporáneos: es noble tarea y tus compañeros de la vida se aprovecharán de ella.

Hazlo sin tardanza, que bien pronto tendrás tu recompensa: esta corona que tejo será para tí.

FRANCISCO COBOS.

Buenos Aires.

LIRA MÍSTICA

A ARTURO A. AMBROGI

Soy la lira gigante de cuerdas de oro
que al ronco viento lanza sus ritornelos;
en mí halla el sentimiento rico tesoro
y las secretas ansias celestes vuelos.

¿Qué son ya los dolores, sino una nota?
¿Qué los *modos* del alma, sino una escala?
En mi armonioso imperio la vida flota
cual sobre una invisible, vibrátil ala.

Yo soy la musa incógnita, en cuyo acento
vibran extraños ritmos, raras cadencias
que hasta las altitudes del pensamiento
llevan el sueño informe de las conciencias.

El protoplasma impuro trueco en crisálidas
y hago surgir del fiemo las mariposas,
y al beso de mi aliento las almas pálidas
florecen como místicas, vivientes rosas.

Hija de los ensueños y la armonía,
flor de luz que el infando vulgo desdeña,
soy el sagrado verbo, soy la Poesía,
el arte que cincela, que esculpe y sueña.

ABRAHÁN Z. LÓPEZ PENHA.

Barranquilla (Colombia).



TRANSMIGRACIÓN

—¡Esto es inicuo!
—¿Por qué?
—Vengo á cobrar el sombrero
y me dice el majadero
del criado, que no está usté.
Grito fuerte; él grita más
y me apostrofa; le insulto;
él quiere írseme al bulto;
yo levanto el palo...
—Y ¡zás!
me deja usté el cráneo roto
de un golpe certero y rudo,
cuando á averiguar acudo
la causa del alboroto.
—La culpa es del fementido
del sirviente, que mintió.
—Pues, lo crea usted ó no,
el sirviente no ha mentido.

—Esto ya de burla pasa
y me asombra su cinismo;
¿cómo puede, á un tiempo mismo,
estar... y no estar en casa?
De argucias y sutilezas
no entiendo.
—¡Ya se comprende!
por lo visto, usted no entiende
más que de romper cabezas.
—La cólera me cegó,
y aunque usted me crea malo,
siento haberle dado un palo.
—¡Hombre! más lo siento yo.
—En suma, usté estaba aquí.
—¡Ni estaba... ni estoy!
—*¡Moler!*
—¡Es que ha huído mi mujer
y aún estoy... *fuera de mí!*

CASIMIRO PRIETO.

EL SÁBADO DE GLORIA

Silencio melancólico y profundo
reina bajo la gótica techumbre,
donde los cirios su amarilla lumbre
con resplandor esparcen moribundo...

En la ancha nave, rezo gemebundo
murmura la postrada muchedumbre:
afuera, en congojosa pesadumbre,
llorar parece al Hacedor el Mundo...

Mas de repente en gloria resucita:
suenan los bronces en la torre, á vuelo,
y aclamación elévase infinita:

Como un lirio oriental florece el suelo,
la Humanidad de júbilo palpita
y se estremece alborozado el Cielo!

NUMA POMPILIO LLONA.

Guayaquil.



NOTA FONOGRÁFICA

ESCRITA PARA EL FONÓGRAFO DEL PABELLÓN ARGENTINO, CON MOTIVO DE LAS FIESTAS DE NAVIDAD DE 1894

¡Buenos días, ó buenas tardes, ó buenas noches, ó lo que sea del caso! ¡Que Dios les conserve á ustedes, estimables oyentes, la vista, ó el estómago, ó el órgano, ó la víscera que ustedes aprecien más.

Bien han hecho ustedes en venir al Pabellón para gozar de aire puro, deleitar los oídos con buena música y alegrar la vista con esa *farra* endiablada que celebran los colores en las paredes del coqueto palacio, que recuerda nuestros triunfos exhibicionistas de París.

El ambiente horrendo de vuestras habitaciones, poblado por innumerables millones de micrococos, bacterias, micrófitos y demás protistas infinitamente pequeños, que invaden vuestros pulmones, para alojarse en vuestra sangre y descomponerla, encuentra su neutralización en las auras ozonadas de este hermoso sitio.

La música suaviza las ferocidades del egoísmo y aplaca las ansias de la codicia; esto, por supuesto, no reza con ustedes, estimables oyentes, porque ustedes ni son egoístas ni codiciosos, y al expresarme en tales términos, ha sido sólo para hacer una figura de retórica.

La susodicha baraúnda de los colores alegra el espíritu; el espíritu alegre ahuyenta las dispepsias y el estómago agradecido tiñe las mejillas de un hermoso color rosado, signo de salud.

De noche, la caritativa luz eléctrica protege las bellezas adobadas, porque no traiciona sus afeites, y beneficia las hermosuras frescas ó naturales, porque suaviza sus colores y subraya los rasgos de la expresión fisonómica. La pálida luz que se roba al cielo para aprisionarla en un arco voltaico, apaga los colores *guarangos* de la buena digestión y los sustituye por ese aspecto lánguido de los ayunos prolongados, que, á creer á los zonzos, es propio de la gente romántica. Si ustedes no opinan lo contrario, estimables oyentes, pueden creerme que la palidez tiene tanto que ver con el romanticismo ó el idealismo como el habitual mutismo con la prudencia. En mil casos, novecientas noventa y nueve veces el callado no habla por bruto, porque sospecha, y con razón, que si abre la boca ha de ser para soltar un *macanazo*, y en mil casos, novecientas noventa y nueve veces, el pálido tiene ese color por enfermo, ó por entregarse al vicio, ó porque posee una epidermis opaca que no trasluce la sangre, y no porque sueñe con ideales sublimes ó no sublimes.

FRANCISCO LATZINA, para servir á ustedes.

Buenos Aires.